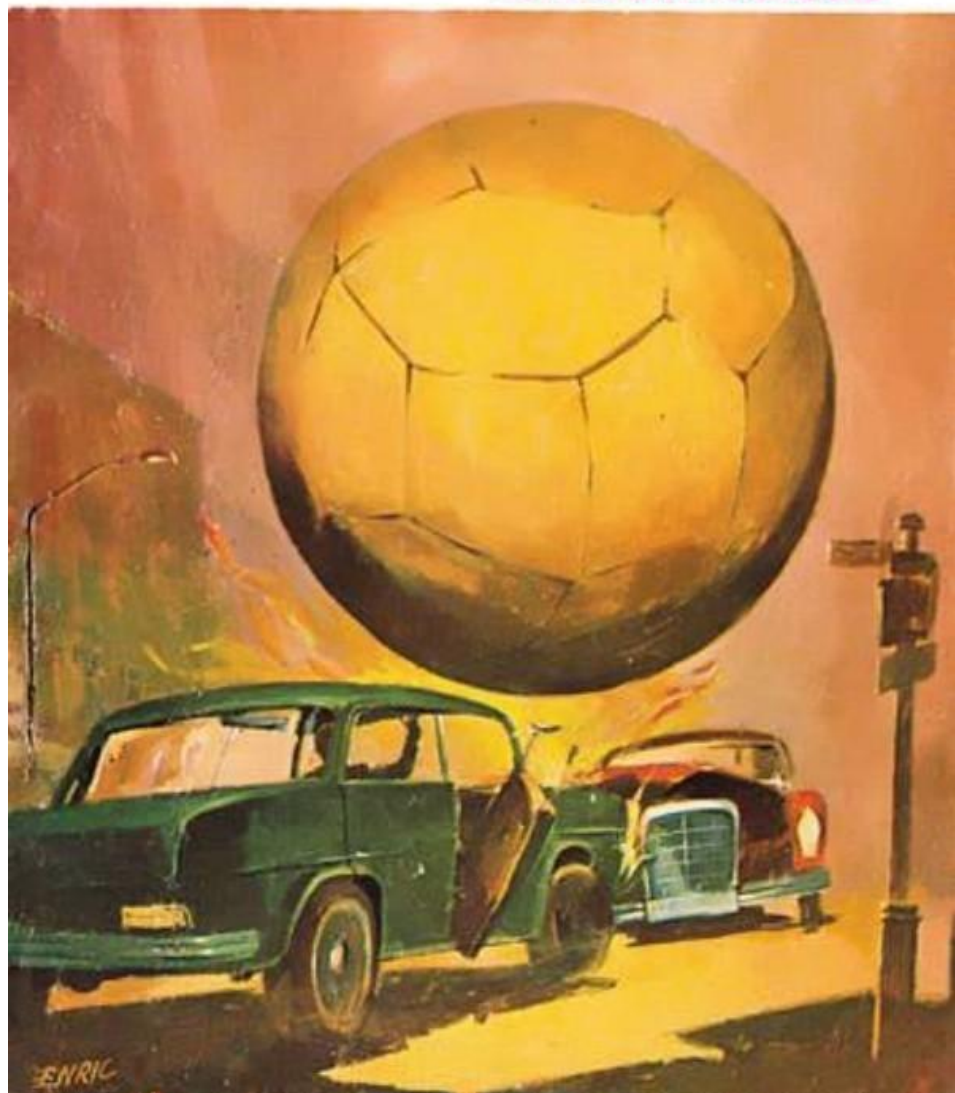




terror en los mundiales

SILVER KANE



SS

SERVICIO SECRETO



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. — El sheriff y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.277. — Una dulce canción en el infierno.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.014. — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

743. — Sbirro.

En Colección COLORADO:

637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

672. — La muerte color de lluvia.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

273. — El diablo entre nosotros.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78. — Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección LA HUELLA:

17. — Mis amigos me llaman el Hiena.

SILVER KANE

TERROR EN LOS MUNDIALES

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.288
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 4.798 — 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: abril, 1975

© Silver Kane - 1975

texto

© Enrique Martín - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRÜGÜERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

CAPÍTULO PRIMERO

LA chica que se estaba mirando con pena la carrera de una media, se bajó la falda al abrirse la puerta, pero no se dio demasiada prisa. Y así fue posible ver su torneada pantorrilla, la línea larga y esbelta de sus muslos y la picardía de la ropa interior. Pero el hombre que acababa de entrar no tuvo demasiado tiempo para recrearse en la contemplación de todo aquello. Esas cosas siempre parecen cortas, aunque duren un largo momento. La chica se bajó la falda y dijo:

—Buenas tardes. Usted debe ser míster Kelby.

Y clavó sus ojos en él. Los clavó con demasiada insistencia, quizá porque le gustaba la planta atlética del recién venido. O tal vez porque los treinta años que aparentaba aquel hombre era la edad justa que ella prefería para sus amistades íntimas. O quién sabe si por curiosidad, para observar la reacción de un hombre que había visto tan a la perfección sus piernas. Pero la verdad fue que aquel tipo pareció no haber visto nada. Su expresión era tan impasible que ella le bautizó en su interior con el mote de Cara de Piedra. No sabía aún que aquel tipo tenía de piedra no solo la cara, sino también los puños. Pero esa fue una sensación que la sobrecogió un instante, como si se diera cuenta de que allí había un engaño.

—Diga... ¿Es usted míster Kelby? —musitó.

—Sí —dijo el recién llegado en perfecto alemán—. Perdone que haya entrado sin llamar. De todos modos tengo la sensación de que lo haría otra vez si usted me prometiera el mismo espectáculo.

—Esto lo reservo solo para los clientes —dijo ella con una sonrisa.

—Yo soy su cliente, de modo que ya está arreando otra vez. Pero haga el favor de no bajar el telón tan pronto.

—Lo siento, míster Kelby, pero no hay ninguna relación entre usted y yo. No puede ni siquiera hospedarse en este pequeño hotel familiar. La habitación que tenía reservada para usted me la ha exigido la policía con el fin de alojar a un alto funcionario de la Interpol. Lo siento. Crea que estoy desolada.

Pero no parecía que lo estuviese.

Daba la sensación de que en cualquier momento se iba a mirar otra vez la larga carrera de la media.

Kelby murmuró:

—No lo entiendo. Mi periódico reservó la habitación hace tres días y usted dio la conformidad. No puedo quedarme en la calle.

—Lo sé, señor Kelby, pero ya le he dicho que ha sido la policía, y usted sabe bien que ante la policía una no puede negarse. Tengo en trámite un par de inspecciones en este hotel y podrían cerrármelo. Ya podía imaginar que no habría una habitación libre en Múnich durante el Campeonato Mundial de Fútbol, ¿verdad? De todos modos tengo algo que quizá le sirva.

Y garrapetó una dirección en una tarjeta.

—Tenga.

—¿Qué es esto? —preguntó Kelby.

—La dirección de un hotel que regenta una amiga. No, no se haga ilusiones. No es de lujo, pero quizá le admitan allí. Es un sitio al que normalmente van solo parejas.

—Pues voy a divertirme —dijo Kelby mientras guardaba la tarjeta—. ¿Hay agujeros en las paredes para espiar de una habitación a otra?

—Tal vez sí.

—Hummm...

Y fue a salir.

Ella dijo antes de que cerrara la puerta:

—Oiga, señor Kelby, voy a confesarle una cosa: No creo que usted sea periodista. No tiene maldita pinta de eso.

—Yo tampoco lo creo —dijo Kelby—. Gracias por la exhibición, hermana.

Y se largó.

Conocía Múnich lo bastante bien para no perderse con aquella dirección en la mano. Era en Farbenstrasse, en el casco antiguo.

Muy cerca de allí había cervecerías animadas, había un cine «porno», había gente que discutía, había unas muchachas que estaban haciendo una fortuna con los Mundiales de Fútbol. Las alemanas tienen buena prensa entre los visitantes de países lejanos. Pero a pocos pasos, en Farbenstrasse, todo era silencio. La calle resultaba medieval y estrecha. El hotel solo tenía un pequeño rótulo que indicaba «Zimmer».

Kelby empujó aquella puerta.

Estaba cerrada.

La empujó.

Narices.

Oprimió el timbre. No sonaba.

Entonces pensó que quizá había otra puerta en el callejón lateral, pues los hoteles de esa clase suelen tener más de una salida. Penetró en él, adentrándose en un mundo de vejez y sombras.

Múnich es una ciudad en parte reconstruida después de 1945, pero es también una ciudad profundamente antigua. Algunos de sus sectores siguen pareciendo medievales. La oscuridad flotaba en aquel mundo en el que Kelby se introdujo silenciosamente.

No había ninguna puerta más allá. El callejón no tenía salida, terminando en un viejo muro de piedra. Pero aunque hubiese existido otra puerta es dudoso que Kelby hubiera llegado a verla.

Porque aquello flotó en el aire.

Fue solo unos segundos.

«Aquello» pasó junto a él.

Y se estrelló casi a sus pies, destruyéndose sobre las piedras que habían pisado siglos antes los Caballeros Teutones. «Aquello» quedó convertido en una mancha blanca y roja a la vez, seductora y macabra al mismo tiempo. La muchacha, que era de una maravillosa juventud, estaba rota en pedazos. La sangre empapaba su vestido claro. Sus maravillosas piernas colgaban dislocadas como si no pertenecieran al mismo cuerpo. La cabellera que había sido rubia se estaba volviendo sospechosamente pelirroja.

La habían lanzado desde una de las ventanas del hotel. La habían destrozado contra el pavimento.

Pero no fue solo eso lo que hizo chirriar los dientes de Kelby. No fue solo aquella estampa a la vez conmovedora y horrible.

Fue, por el contrario, otra cosa lo que le impresionó de verdad. Fue el darse cuenta de por qué la muchacha no había lanzado ni un gemido al caer hacia la muerte. Su boca estaba sólidamente amordazada con esparadrapo. Sus manos estaban atadas

Kelby apretó los puños.

Se produjo un extraño crujido en ellos. Aquel crujido pudo haber hecho poner lis de punta a los espectadores de primera fila del ring.

Y se dirigió a la puerta del hotel que no había podido abrir antes. Algo le decía que iba a haber tomate. O más que tomate. Ensalada completa.

CAPÍTULO II

MINUTOS antes de que Kelby llegara al hotel —de cuya existencia no tenía ni idea cuando aterrizó en Múnich—, otro hombre se había acercado a aquella puerta, pero él no la encontró cerrada, sino que pudo entrar con facilidad.

Aquel hombre llevaba gafas negras para no ser reconocido, pero la verdad era que muchos paseantes de las calles cercanas podían haberle identificado a la perfección, caso de haberse fijado en él. Mengele no era lo que se dice el «as», la estrella en la selección alemana de fútbol, y por supuesto no resultaba tan familiar para sus compatriotas como Beckenbauer o Müller. Pero un reserva de la selección nacional, aunque no haya tenido ocasión de jugar un solo encuentro, es lo bastante popular como para no pasar inadvertido en ninguna calle de su país. Por esa razón Mengele había hecho lo posible para no llamar la atención: se había puesto las gafas, llevaba unos libros bajo el brazo, una chaqueta bastante raída, digna de un estudiante pobre, y una insignia de una organización social-demócrata. Entre aquel joven y el elegante Mengele no había, en apariencia, ninguna relación.

Conocer las razones profundas que habían impulsado a Mengele a venir clandestinamente allí, a aquella especie de casa de citas, hubiera resultado bastante fácil para un psicólogo. Mengele, que se consideraba tan bueno como los titulares, se daba cuenta de que no iba a tener oportunidad de jugar un solo encuentro ni compartir la fama de sus compañeros. Por eso estaba harto de las concentraciones, de las vigilancias, de los horarios rígidos y de las prohibiciones. ¿De qué iba a servir todo eso, si en los campeonatos él no pisaría el césped ni una sola vez?

Tal era la sencillísima razón de que no hubiera resistido el canto de sirena de aquella chica de fantástica belleza. Tal era el motivo

de que hubiera concertado con ella una entrevista en uno de los sitios más discretos de Múnich. Y de que se hubiera escapado de una de las concentraciones, poco antes del partido, para pasar unas horas en una compañía más divertida que la de sus entrenadores. En aquel acto de Mengele no palpitaba solo el deseo de acariciar a una chica, placer del que le habían privado durante mucho tiempo. Había también mucho de rebelión y de venganza. Si no contaban con él, ¿por qué iba él a comportarse como los otros?

Empujó la puerta.

Abajo había un tipo moreno.

No le conocía.

Pero daba lo mismo. Todos los recepcionistas de hoteles más o menos clandestinos suelen tener caras amorfas que más vale no recordar. Silenciosamente aquel tipo le tendió una llave.

—¿Ha llegado ella? —preguntó Mengele.

El recepcionista hizo un gesto afirmativo. Señaló el ascensor.

Mengele miró el número grabado en la llave. El 18. Subió al primer piso y empujó la octava puerta.

Vio a la chica.

Por supuesto que la vio.

Pero no estaba sola.

Había con ella cuatro tipos más. Los cuatro tenían una pinta de sirios o libaneses que tumbaba de espaldas. Los cuatro llevaban metralletas desmontables. Los cuatro le apuntaron a la vez.

Pero, curiosamente, no fue eso lo que más impresionó a Mengele, pese a darse cuenta de que allí tenía a la muerte. Fue el ver a la preciosa muchacha atada y con la boca tapada con tiras de esparadrapo para que no pudiese gritar. Fue el ver sus ojos patéticos y aterrorizados al mismo tiempo. Fue el darse cuenta de que aquello era una cochina trampa.

En cuestión de segundos vino a su memoria la matanza de los Juegos Olímpicos de 1972, cuando un comando palestino secuestró a varios atletas judíos y la policía alemana trató de rescatarlos. Sus ojos se dilataron de horror. Lo único que pudo decir, mientras alzaba los brazos, fue:

—Yo no soy judío...

—No importa que lo seas —dijo en mal alemán uno de los

árabes—. Y tampoco te va a pasar nada si obedeces ciegamente lo que te digamos. Esta misma noche puedes estar libre si colaboras con nosotros.

—¿Y ella?

—Ella saldrá poco después de que tú salgas.

—¿También secuestrada?

—No. Podemos jurarte que saldrá sola y que no la vigilaremos.

Mengele era lo bastante listo para darse cuenta de que aquellas metralletas estaban cargadas de verdad. Y tenía la suficiente memoria para recordar que los comandos palestinos, formados siempre por hombres suicidas, no se detenían ante víctima más o menos. Por ello, en su propio interés y en el de la chica, decidió colaborar. Mientras bajaba las manos con un gesto de impotencia dijo:

—De acuerdo. No provocaré ninguna violencia. Pero quiero tener la seguridad de que ella quedará libre.

—Va a quedar absolutamente libre dentro de unos minutos.

Dos de los hombres le empujaron con sus metralletas, mientras otros dos se quedaban en la habitación. Mengele pudo ver que había dos fulanos más, armados con pistolas, en un descansillo. Todo el hotel estaba tomado militarmente por los palestinos. No cabía duda de que el «portero» también era uno de ellos.

Acompañado por dos de los secuestradores, que habían ocultado hábilmente las metralletas bajo sus anchas americanas, salió a la calle. Un coche negro estaba aparcado ante el hotel. Le hicieron subir y arrancaron.

No habían transcurrido más que dos minutos desde que él entró en el edificio.

Todo parecía un maldito sueño.

Mientras tanto, los dos hombres que habían quedado en la habitación abrieron la única ventana, que daba al callejón lateral. La muchacha les miraba con los ojos dilatados por el miedo. Se convencieron de que en el callejón no había nadie.

Y una mirada burlona rebrilló en sus ojos negros.

Demasiado negros.

Sin necesidad de palabras se entendieron los dos. Ya habían decidido, antes de iniciar aquella «operación» que no dejarían

testigos a su espalda.

Sujetaron a la preciosa muchacha por las piernas y por los hombros. La hicieron oscilar mientras ella se debatía desesperadamente.

El bulto humano salió despedido por la ventana. Los dos árabes habían cumplido su palabra de que aquella muñeca saldría «sola» y «sin vigilancia». Un instante después oyeron el brutal choque contra las piedras medievales.

Se frotaron las manos.

Operación terminada.

Ya podían salir.

No contaban con el fulano que había llegado allí por pura casualidad. El tipo que quince minutos antes estaba embelesado ante la carrera de unas medias.

CAPÍTULO III

KELBY fue a empujar la puerta otra vez. Pero ahora sin ninguna clase de delicadeza. Estaba dispuesto a cargarse la hoja de madera si era necesario.

Pero esta vez no hizo falta. Curiosamente, la puerta se abrió. Un fulano moreno y de ojos brillantes se encontró de narices a boca con Kelby.

Kelby dijo solamente:

—Atrás, hermano.

El fulano de los ojos brillantes dijo solamente:

—Atrás, hermano.

Pero él llevaba una metralleta.

La acababa de sacar de debajo de su americana demasiado ancha.

Kelby movió su izquierda. En ella no había más que la cadena de acero del reloj.

Maldita cadena de acero del reloj.

Debería estar prohibido ir por la calle con una cadena de esa clase, de la que, dándole un golpecito, sale una aguja de cinco dedos de largo.

Kelby dio un golpe en el cuello de su enemigo.

Casi fue un golpecito cariñoso.

La aguja penetró hasta la mismísima aorta de su enemigo. Allí se abrió en dos como unas tijeras que funcionasen dentro del cuerpo. La aorta quedó segada.

Kelby dio un golpe a la metralleta.

Nada de prisas, nada de nerviosismo.

Se apoderó del arma mientras su enemigo se desangraba junto a la puerta.

Vio a otro que bajaba por la escalera.

Tenía tres ojos. Los dos de la cara y el de la metralleta. Pero fue este el que más fastidió a Kelby.

A un tipo que tiene tres ojos se le puede quitar uno.

No le pasa nada. Total, queda como los otros hombres.

Kelby le envió un chorro de fuego justo por encima del plexo solar, hasta dejarle materialmente clavado a los peldaños. Luego subió tranquilamente.

Calma, muchacho, calma. Sobre todo mucha calma.

Otro pájaro le esperaba arriba. Estaba acurrucado en un rincón oscuro. Kelby no le hubiera visto de no ser porque el burro había tenido la coquetería de ponerse un pañuelo blanco en el bolsillo superior de su americana oscura.

Fue allí donde Kelby envió el nuevo chorro de balas.

Era un buen sitio.

Su enemigo rebrincó en el aire y pareció desintegrarse durante el salto, mientras apretaba el gatillo a su vez y regaba materialmente con plomo todas las paredes del descansillo.

Chocó con la barandilla.

La destrozó.

Y cayó hecho un guiñapo al vestíbulo mientras, con sus últimas fuerzas, seguía disparando.

Kelby no se inmutó.

Parecía como si estuviera en un ejercicio de tiro en el que no se hubiese derramado aún ni una gota de sangre. Inmediatamente subió al segundo piso, pasando de largo por el primero, pues no sabía si había más enemigos ni dónde estaban.

Se encontraba ya en el segundo piso cuando los vio. Eran dos los que salían de una de las habitaciones. También llevaban metralletas.

Hablaban en francés con acento árabe, lo que hizo pensar a Kelby que quizá eran sirios. Por supuesto, los entendió perfectamente. Decían que la chica no les iba a molestar ya.

Y se preguntaban de dónde habían salido tantos disparos.

Uno de ellos gritó:

—¡Pronto! ¡Al ascensor!

—¡Pero si estamos en el primer piso!

—¡Por eso mismo! ¡Hemos de llegar enseguida al tejado!
¡Huiremos por allí!

Los dos se metieron en la caja.

Pulsaron el botón más alto.

Y, naturalmente, pasaron por el segundo piso.

Por donde les esperaba Kelby.

A través de las cristaleras, lo vieron al subir. Vieron sus ojos duros y crueles, vieron su metralleta, su boca plegada que formaba una mueca.

Kelby no se entretuvo.

Empezó a disparar cuando los dos hombres asomaban sus cabezas por el borde del piso.

Y no terminó hasta que por el techo desaparecieron sus pies.

El ascensor parecía el mostrador de una carnicería cuando se detuvo al final de su trayecto. Pero Kelby ya no se entretuvo en ver aquello.

Soltó la metralleta y salió tranquilamente de allí antes de que empezase a llegar gente. Los disparos, aunque mitigados, tenían que haberse oído desde el exterior, por lo que habrían llamado la atención de alguien. La calleja tardará solo unos minutos en poblarse de policías.

Dobló la esquina mientras se ponía un cigarrillo en los labios.

Luego se palpó los bolsillos con un gesto de contrariedad.

—¡Maldita sea! —gruñó—. ¡Después de tanto fuego ahora resulta que no tengo lumbre...! ¡Si seré distraído...!

CAPÍTULO IV

LA mujer hubiera llamado la atención en un concurso de belleza y hubiera sido contratada con los ojos cerrados para ilustrar una portada del Play-boy. La mujer era alta, torneada, elegante. La mujer tendría unos veintiséis años. La mujer vestía con seriedad. La mujer llevaba en su bolso una pistola «Magnum» con la misma frivolidad con que otras llevaran una polvera.

O sea que resultaba «especial» por muchos conceptos.

Entró en el hotel.

Era un hotel diurno.

Ya saben ustedes lo que es eso.

Uno puede llegar a una gran ciudad por la mañana y tiene que seguir viaje por la noche. Uno está cansado, necesita un poco de relax, necesita una ducha. Uno puede querer cambiarse de ropa. Quién sabe si tiene una cita. Entonces uno alquila una habitación de un hotel diurno y la deja al cabo de pocas horas. Y ese fue el sitio al que se dirigió la impresionante mujer.

Por descontado, ella no parecía necesitar ni una ducha ni un cambio de ropa. Lo que llevaba le sentaba más que bien.

Pasó por delante del conserje sin decir una palabra. Tomó el ascensor. Fue al piso cinco.

Y tuvo suerte.

El hombre salía de la habitación cuando ella doblaba la esquina del pasillo.

Todo fue muy rápido a partir de entonces, todo resultó como un soplo. La mujer abrió su bolso.

Dio un salto.

Parecía mentira que pudiera moverse con tanta agilidad sobre los altos tacones de sus zapatos.

La «Magnum» quedó firmemente asentada entre sus dedos.

Y la clavó en la cabeza del hombre.

Kelby captó la presencia de la muerte.

Pero también captó el perfume de la mujer.

Dijo con voz opaca:

—No has cambiado de marca, Gretchen.

Ella dijo con voz metálica:

—Y tú has perdido facultades, Kelby. Pude haberte matado.

—Para matarme no necesitas pistola.

—Sí, pero con la «Magnum» es más rápido. Y menos cansado para mí.

Bajó el arma.

—¿Equipaje? —preguntó.

—No.

—¿La cuenta?

—Pagada por adelantado.

—Entonces largo de aquí, perro.

Kelby no se opuso.

Uno no puede oponerse a una mujer que tiene una «Magnum» y que además le puede dejar a uno inútil de un rodillazo en el bajo vientre.

Kelby dijo: «Guau».

Era un perro perfecto.

Y salió.

Ella vino detrás.

Era una buena perra.

Solo cuando doblaron la esquina de la Bahnhof Strasse y se despidieron entre el maremágnum de gente, entre la multitud que lo llenaba todo, se atrevió Kelby a mirar hacia atrás y convencerse de que le seguía. Entonces se metió en un café de ambiente muniqués típico. Las chicas cargadas de jarras de cerveza parecían patinar —tan rápidas iban— entre un público enfervorizado que discutía en todos los idiomas del mundo las jugadas del día anterior. Las madres de los árbitros eran recordadas en quince lenguas. Los *orsay* que habían sido y los que no habían sido amenazaban convertirse en puñetazos que sí que serían. En fin,

había «ambiente».

Kelby pudo ocupar una mesa en un rincón. Gretchen se sentó frente a él.

En sus ojos quietos palpitaba una promesa de hembra que lo sabe todo. Que incluso sabe matar.

Kelby musitó:

—¿Por qué?

—No ha sido tan difícil dar contigo. Y dentro de diez minutos habrá dado contigo la policía también.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Elemental.

Y bebió un sorbo de la cerveza que acababan de servirles. Luego dijo sin dejar de mirarle:

—Sabía que tenías que llegar ayer. Esa es la única ventaja que tengo sobre la policía. Y sabía que tenías la habitación reservada en un determinado hotel.

—Sí.

—Voy al hotel y pregunto por ti. Me dicen que hace media hora que te has largado porque no pudieron mantenerte la reserva de la habitación, pero que te han recomendado un hotelucho de mala nota en Farben Strasse. Voy allí a ver si, además de encontrar, hago negocio. Una, macho, ya tiene que aprovecharlo todo. ¿Y qué encuentro? La manzana acordonada por la policía y más ambulancias que en el sitio de Stalingrado. Uso mi carnet de prensa y consigo acercarme. Veo más gente agujereada que en una propaganda del Gruyere. Me entero de lo que ha pasado y me dicen que todos los muertos son palestinos que estaban ilegalmente en el país.

—Yo no los conocía —dijo Kelby suavemente—. Fue una pura casualidad el que estuviera allí cuando acababan de cometer el crimen. E incluso ahora no sé por qué infiernos lo cometieron.

—Yo te lo puedo decir. La televisión dará la noticia dentro de una hora. Han secuestrado a Mengele.

—¿Mengele no es un delantero reserva de la selección alemana?

—Sí. Y los secuestradores ya han enviado una nota con sus exigencias: lo matarán si Alemania no presiona cerca de Israel para que deje en libertad a los prisioneros palestinos. Israel difícilmente

puede negarse a las exigencias alemanas puesto que aquí obtiene gran parte de sus créditos y compra sus armas. Pero esa es una cuestión aparte y de la que se hablará dentro de poco. Ahora solo me interesa tu asunto.

—Está bien. Sigue.

—He dado por descontado que una matanza de aquella clase solo lo podía haber realizado un lobo carnicero como tú. Todo concordaba. Entonces he intentado deducir en qué sitio de Múnich te esconderías. No hay en la ciudad, durante los campeonatos, ni una habitación libre para pasar la noche.

—Y supongo que imaginaste mi plan —murmuró Kelby.

—Claro que sí. Intenté seguir la pista de todas las mujeres alegres de la ciudad. Lo malo es que ahora son miles.

—Bueno. La verdad es que me puse de acuerdo con una —reconoció Kelby.

—Marrano.

—Tía estupenda.

—Pedazo de hiena.

—Bombón.

—Hijo de...

—Calma, calma... —pidió Kelby—. Por si te sirve de consuelo, te diré que me ha costado un dineral, pero no le he tocado un dedo. Estaba demasiado cansado para dedicarme a eso. Supongo que ella me ha tomado por lo que no soy.

—Pero llegarás a serlo —murmuró Gretchen.

—¡Ay, quién sabe! —dijo Kelby con voz plañidera.

—En fin, que has pasado la noche en casa de una señorita sin posibilidad de que la policía te echase el guante —murmuró Gretchen—. El plan era elemental, como era elemental también que esta mañana utilizases un hotel diurno. He hecho investigaciones en los dos que hay en Múnich y no he tardado en localizarte, como tampoco hubiera tardado la policía si no llego a venir yo.

—Por eso me largaba —dijo Kelby.

Ella apretó los labios.

—La Interpol me pidió que te ayudara, Kelby —dijo—, como tú me ayudaste a mí en Dakota del Norte cuando perseguía en nombre de mi gobierno a unos supertraficantes de drogas. Pero me

pregunto qué haces aquí. Qué demonios ha traído a Alemania al agente federal más sarnoso de Estados Unidos.

Kelby musitó:

—En cierto modo tendrías que denunciarme.

—Y organizar un conflicto diplomático de primera clase. No, amigo. Es mejor que nadie sepa de momento quién ha matado a esos palestinos. Pero dime por qué te han enviado a un sitio en el que no tienes la menor jurisdicción.

—Es una misión especial —susurró él—. Tengo una especie de tolerancia por parte de mi gobierno.

—¿Para qué?

—Busco a Lebian.

Las manos de la preciosa mujer tuvieron una leve sacudida. La voz de Kelby había sido metálica. De repente todo parecía haberse vuelto siniestro en él. De pronto diríase que había cambiado hasta el aire que le rodeaba.

—Lebian es un chipriota, no es un árabe —dijo ella con un hilo de voz.

—Lo sé. Y tampoco me consta que haya trabajado para los árabes. Pero en la época en que asesinó a mi hermana, Lebian traficaba en drogas. Eso es lo único que me interesa.

—¿Las drogas?

—No. La muerte de mi hermana.

Ella apretó otra vez con las manos el borde de la mesa.

—Eso es venganza, Kelby. El gobierno no puede haberte enviado aquí, a Múnich, para un asunto personal, aun sospechando que en esta ciudad puedes encontrar a Lebian.

—No me ha enviado. Ya te he dicho que es una simple tolerancia.

—Lebian ametralló a tu hermana desde un coche —dijo ella con voz opaca—. Siempre mata desde un coche.

—Sí. Y haré que lo entierren en coche.

—¿Esa es tu única misión, Kelby?

—La única.

—Entonces no pienso ayudarte, a pesar de que hayas conseguido agenciarte una orden de la Interpol. La policía alemana no está para asuntos de esa clase. Arresta a Lebian y que luego tu

gobierno pida la extradición. Combina las cosas de forma que se realicen legalmente.

—Puede que lo detenga —dijo Kelby sin convicción—, pero no se dejará atrapar vivo.

—Aun así, no puedo ayudarte.

—¿Y perjudicarme?

—Tampoco. No diré nada de lo que he visto. ¿Con qué documentación has llegado a Alemania?

—Finjo ser periodista.

—¿Pero tienes idea del fútbol?

—Bastante.

—¿Te atreverías a intentar hacerle una entrevista a Golden Ball?

—¿Quién es ese?

Gretchen sonrió con desaliento.

—Muchacho, tú no sabes ni de qué color visten los árbitros —dijo—. No has jugado más que al rugby americano y eso es lo único que entiendes. Pero al menos podías haberte informado un poco.

—No creí que tuviera que hacer de periodista —dijo él—. Todo era una simple tapadera. Y no veo motivos para entrevistar a... a... ¿cómo has dicho que se llamaba?

—Calla, desgraciado.

—Bueno, si te pones así...

—Golden Ball es en estos momentos el futbolista más popular del mundo. La gente que pasa su vida en oscuras oficinas y en hogares aburridos necesita fabricar ídolos que hagan en su nombre lo que ellos no saben hacer. En otros tiempos Pelé fue un fenómeno mundial; hoy es Golden Ball. Yo no entiendo de fútbol, pero creo que ambos lo han elevado a la categoría de arte. Y te diré lo que necesitas hacer si no quieres que la bofia te eche el guante.

—¿Qué debo hacer?

—Te alojarás en mi habitación del Reisesdale Hotel, ya que yo la voy a dejar libre porque tengo otro sitio adonde ir. Explicaré que eres un compañero de la Prensa, aunque tu documentación sea tan falsa como la mía. Pero necesitarás vivir eternamente como un periodista. Tendrás que ir a algún partido, fingir que envías información a tu diario y buscar alguna entrevista que llame la atención. Lo mejor que puedes hacer es perseguir a ese futbolista

para que sea en exclusiva para ti. No conseguirás nada, pero eso hará que los otros crean realmente que eres un profesional como ellos.

Kelby la miró intensamente. Sus ojos dejaron de ser peligrosos y duros para reflejar una chispita de gratitud.

—No merezco que hagas tantas cosas por mí, Gretchen.

—No hago más que cederte una habitación y darte unos consejos de lo más sencillo. Aparte de eso, no pienso mover un dedo en favor tuyo. Y ahora sígueme.

Ella había encontrado un hueco para aparcar su «Mercedes» deportivo en una esquina, y ambos entraron uno por cada puerta. La chica se subió bastante la falda para estar más cómoda.

Un camión pegó un viraje y por poco se empotra contra un semáforo situado un poco más allá.

El conductor, con los ojos como platos, bisbiseó:

—Me parece que este «modelo» no lo había visto nunca...

CAPÍTULO V

TENDIDO en la cama y con los ojos perdidos en el techo, Kelby dejaba que descansase su cuerpo sin lograr que su mente descansara ni tan solo unos breves segundos. Los recuerdos desfilaban ante aquellos ojos en forma de imágenes que creía estar viendo otra vez.

Recordaba el primer envío de Lebian.

Una corona de flores violetas y amarillas a su casa. Flores de muerto. Y una sola frase: «OLVÍDAME».

Recordaba la caza despiadada.

La persecución implacable a lo largo y ancho del país.

El tugurio de Oakland.

Lebian tenía allí encerradas chicas de gran categoría a las que había prostituido a cambio de facilitarles droga.

Pero eso no era lo que impresionaba a Kelby.

Había cosas peores.

Recordaba también el depósito de cadáveres de Paradise Valley.

Los dos hermanos de quince años, enloquecidos por la heroína, y que se habían arrojado juntos desde un séptimo piso.

Recordaba a la doctora Madison, que había denunciado las evasiones de drogas de los depósitos de un gran hospital.

La doctora Madison había sido ahorcada colgándola de una de las lámparas de su despacho.

Recordaba al juez Malhoun, un miserable a sueldo de Lebian, que enviaba a la cárcel a todos los que se atrevían a formular una denuncia. Hasta que el juez Malhoun se fue de la lengua y apareció anestesiado y helado en la «nevera» de la Morgue de Kansas City, donde los cadáveres se conservan años a treinta grados bajo cero.

Todos esos recuerdos parecían desfilan de nuevo por delante de

los ojos de Kelby. Eran como una película lenta, gris e infinitamente triste.

Le pareció ver la segunda corona.

Era como la otra y llevaba una cinta con un solo nombre: Gloria.

Gloria solo tenía doce años.

Kelby pudo ver las fotos más tarde, fotos obtenidas por un aficionado que casualmente fue testigo del asesinato. Vio el gran coche negro. Vio la juvenil cara de Lebian con su ancho bigote. Era el único ocupante del vehículo.

Y Gloria que atravesaba la calle.

La metralleta.

El chorro de balas.

Las balas casi se veían en la foto, envueltas en el humo blanco de los disparos. Y un poco más allá el cuerpo destrozado de Gloria. Y su cara. Cinco balas en lo que había sido su cara.

Kelby cerró un momento los ojos.

Y se puso en pie.

Caminaba como un borracho.

Tuvo que meter la cabeza debajo del grifo y mantenerla un rato así, porque su nuca hervía.

Desde entonces, desde la muerte de Gloria, su existencia no había sido más que un frenético deambular de un lado a otro del mundo buscando la venganza. Pero Lebian se le escapaba. Lebian era el inaprensible.

Peor aún: era inhallable.

Porque de pronto había dejado el negocio de las drogas en manos de una organización que ya no era la suya. Se decía que había vendido su parte a la mafia por una fabulosa suma. Después Lebian se había dedicado a vender armas a los guerrilleros palestinos, obteniendo unos beneficios astronómicos. Pero Kelby ya no podía perseguirle por esas actividades. Lebian había escapado por completo de la jurisdicción del FBI.

Ahora el joven se secó la cabeza.

Aún se sentía mareado.

Bajó al bar del hotel, se bebió un whisky doble y pensó en que su situación era más irregular cada vez. Tenía un permiso más o

menos oficioso de la Interpol para obtener pruebas contra Lebian, pero no para capturarlo y menos para emplear las armas. Cierto que la matanza del día anterior en Farben Strasse había sido puramente casual, pero estaba metido en ella hasta el cuello. Y bastaba ojear los periódicos que se amontonaban en el vestíbulo del hotel para enterarse de que toda la policía de Alemania estaba siguiendo la pista. Si no habían dado aún con él era por lo que suele ocurrir: las cosas peor preparadas son las que mejor resultan.

Se dirigió a uno de los campos auxiliares del estadio. Hacía una magnífica mañana. La selección de un determinado país se entrenaba en medio de enormes medidas de seguridad, pues se temía que los palestinos muertos el día anterior estuvieran en Múnich para preparar un atentado contra alguna selección de fútbol. El secuestro de Mengele, del que ya se tenía noticia, había hecho que se movilizara toda la policía del país.

A Kelby le costó mucho llegar al borde del terreno de juego. Vio una serie de jugadores que se pasaban el balón en un entrenamiento bastante intenso, pero no reconoció a nadie. La verdad era que no había esperado verse metido en una situación así, teniendo que hacer de «experto» en fútbol, cuando él solo entendía de rugby americano. Vio que, en una pausa, un par de compañeros hablaban con un joven alto, espigado, de expresión inteligente, que introducía en la conversación frecuentes gestos negativos.

Al fin los dos periodistas se retiraron y el jugador siguió entrenándose.

No parecían lo que se dice satisfechos.

Uno de ellos gruñó mirando a Kelby, quien llevaba en la solapa el pase de identificación:

—Oye, ¿no pretenderás entrevistar a Golden Ball, eh?

—Pues... Bueno, por eso he venido.

Al menos Kelby ya se había enterado de que aquel joven alto y espigado era Golden Ball. Algo es algo.

—Je, je... —dijo uno de los periodistas—. Prepara la bolsa.

—¿Por qué?

—Aún sigue queriendo cobrar por las entrevistas. Cada día está peor.

Kelby no tenía ni idea de eso.

Pero dijo con un ademán de resignación:

—Pues me parece que voy a dejarlo. Mi periódico no está dispuesto a pagar.

Lo que no sabía era cuál era su periódico.

Los otros dos se alejaron. Kelby estuvo siguiendo las evoluciones de los jugadores desde un ángulo del terreno.

Entendía el idioma de los jugadores bastante bien, de modo que podía comprender casi enteramente lo que aquellos se indicaban unos a otros. De pronto, Golden Ball gritó a un extremo que se adelantaba:

—¡Ya te adelantaré más el pase, pero no te metas en *orsay*!

Kelby gruñó:

—¿*Orsay*? No lo era.

Maldito si entendía de aquello.

Pero de algún modo tenía que justificar su presencia allí. Esperaba dar la sensación de ser un experto.

Golden Ball le miró con curiosidad.

—Lo era por más de tres metros —dijo.

—Bueno... En fin... ¡ejem...! Pero un pase más adelantado el extremo no lo alcanza.

—¿Usted cree que era demasiado adelantado?

—Hombre... Es que usted debe pensar que su compañero es una locomotora.

Golden lanzó una carcajada.

Kelby tenía la confusa sensación de haber metido la pata (bien metida, de verdad), pero se mantuvo en sus trece.

—Con esta táctica —dijo—, no creo que lleguen muy lejos.

—¿Para qué periódico trabaja usted?

—Para el... el... el...

—Bueno, es igual. Me gustaría que me expusiera con más calma su punto de vista.

—¿Quiere decir hacerle una interviú?

—Bueno, algo así.

—Mi periódico no piensa pagar —dijo Kelby hoscamente.

Golden Ball fue a decir algo, pero en aquel momento un hombre

alto y de cara germánica (Kelby no tenía ni idea de su nombre.) le llamó:

—¡Eh, Golden, corre la banda!

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Golden Ball antes de salir a grandes zancadas.

—Kelby.

—¿Dónde se aloja?

—En el Reisesdale Hotel.

El jugador salió disparado.

Un momento después centraba exactamente sobre un punto blanco que habían pintado a poca distancia de la portería (¿para qué demonios estaría aquella señal allí, si en ese sitio nunca se colocaba nadie?) y el portero atajaba el centro.

—Claro —gruñó Kelby—. Una jugada que no le ha servido. Claro... ¡si es que no tienen idea!

Y se alejó poco a poco en busca de la sala de prensa. Necesitaba fingir que escribía algún reportaje. Mientras tanto trataría de clarificar sus pensamientos.

La sala de prensa estaba en un pabellón cercano al estadio. Kelby se sentó ante una máquina y empezó a teclear, aunque sus ideas eran perfectamente inconexas. Lanzó un par de textos a la papelería como si no estuviese inspirado, mientras los otros que estaban allí escribían con gran rapidez y sin estropear nada. Uno se quejaba en voz alta de que el tal Golden le había pedido dos mil dólares por una entrevista.

—¡A ver si cree que el periódico va a arruinarse! —gritaba—. ¡Pues vamos listos!

De pronto se produjo un movimiento de atención hacia la puerta.

Alguien acababa de llegar con una noticia.

Esa cosa misteriosa y sutil que se produce en las salas de prensa cuando «se masca» algo se produjo allí en cuestión de segundos. Todos corrieron hacia el mismo sitio. De una forma maquinal, Kelby les siguió.

Vio que subían a sus coches como pilotos de carreras que se disponen a ganar las 24 Horas de Le Mans.

Lo malo era que Kelby no tenía coche.

Había llegado allí en taxi.

Se lanzó hacia el «Ford» de uno de sus «compañeros», metiéndose casi por la ventanilla cuando el otro arrancaba. El periodista, que era un italiano, preguntó:

—¿Pero qué pasa? ¿Ya te has tenido que vender tu coche? ¡Oye, que las alemanas son caras, pero no tanto!

—Lo tengo en reparación —mintió Kelby.

—Bueno, pues arreando.

—¿Adónde vamos?

—¡Hombre! ¿No has oído lo de Mengele?

—Sí, claro. Los palestinos lo secuestraron. La televisión dio la noticia. Los periódicos están llenos de eso.

—Desde luego. Pero una nota concreta con sus exigencias no la habían dado aún. Ahora acaban de entregarla. Nos ha llegado el sople.

Y dio más gas todavía. Conducía como lo que era: como un italiano. Kelby empezó a preguntarse mentalmente si ya estaba al día en lo del pago de las primas de su seguro de vida.

Al fin se detuvieron ante el lujoso edificio barroco de la Cámara de Comercio. Allí, por lo visto, tenía lugar una conferencia de prensa. Los coches quedaron aparcados de cualquier modo mientras sus dueños subían a toda velocidad a la sala principal del primer piso. Había reunidos ya en él más de una docena de periodistas de todos los países que se habían adelantado a ellos.

Y estaban en torno a una mujer que hablaba quieta y pausadamente.

Una mujer bonita, joven.

Una mujer de excelente busto agresivo.

De largas y consistentes piernas.

De boca fresca y roja.

De ojos rasgados y verdes.

Pero una mujer que no andaba de un lado para otro. Una mujer a la que sus piernas ya no servían de nada. Una preciosa hembra que tenía que mirar el mundo desde los bordes de su silla de ruedas.

CAPÍTULO VI

KELBY vio aquellas piernas largas. Vio la boca roja y fresca. Vio los inquietantes ojos verdes.

Susurró:

—Stella...

Ella volvió la cabeza.

Le había visto también.

De pronto sus ojos se clavaron en él, solo en él. Todos los demás periodistas que tomaban notas ansiosamente habían dejado de existir. Dio la sensación de que el hombre alto y atlético y la mujer quieta en su silla de ruedas habían llegado solos al último rincón del mundo. Que estaban unidos ambos en aquella íntima e inagotable soledad.

Los sonidos, las personas habían dejado de existir.

Se miraban como si nada se interpusiera entre los dos, como si la muralla de los periodistas, de las voces, de las preguntas, estuviera infinitamente lejos.

Stella logró sonreír al fin.

Había en su boca una elegante indiferencia. Sonreír de aquel modo parecía fácil, pero no estaba al alcance de cualquier mujer. Para curvar los labios con aquel leve mohín donde se mezclaban la cortesía y la indiferencia hacía falta tener la educación y el dinero que Stella Tauser tenía. Ni más ni menos que ser una de las mujeres más ricas, educadas y elegantes de Europa.

—Señores —dijo a los periodistas que la rodeaban—, ya les he notificado por qué razones los palestinos han querido que yo divulgara la nota con sus exigencias para liberar a Mengele. Soy una mujer a la que se puede encontrar casi siempre en casa, puesto que tengo parálisis en las piernas, y supongo que ese factor es uno de los que les han decidido a elegirme a mí para hacer de

mensajera. No resultaba nada arriesgado llegar hasta el apartamento que tengo alquilado en Múnich de una manera estable. Por otra parte, poseo negocios en Oriente Medio, lo que me hace muy vulnerable si no cumpla los deseos de los palestinos, puesto que mis negocios pueden ser atacados. Por esas razones me he visto obligada a aceptar la nota que los secuestradores de Mengele me entregaron para transmitirla a todos ustedes. Aquí tienen las copias. Como verán, se exige la inmediata liberación de una serie de guerrilleros mencionados en la lista, y que hoy están presos en las cárceles de Israel. Con ello mi misión ha terminado. Ojalá que lo que acabo de hacer sirva para liberar a Mengele, que es una persona en absoluto inocente. No saben ustedes hasta qué punto detesto la violencia y la sangre.

Y giró las ruedas de su silla con la perfecta habilidad de quien se ha movido entre ellas durante casi toda su vida.

—Y ahora perdóneme —dijo—. Tengo que hablar con este compatriota.

Se alejó de los periodistas para acercarse a Kelby, que la miraba como hipnotizado. Para Kelby solo existían aquellos ojos, aquella boca, aquellas piernas terriblemente quietas. Los recuerdos se agolparon en su mente de tal modo que casi sintió vértigo. ¿Cuánto tiempo llevaba sin besar a aquella mujer? ¿Cuánto sin verla?

Ella musitó:

—Ha sido una verdadera sorpresa saber que estás en Múnich. Vamos.

Hizo girar de nuevo las ruedas de su silla para dirigirse a uno de los despachos de la elegante Cámara de Comercio. No era extraño que Stella Tauser gozara de libertad de movimientos allí, puesto que era uno de los comerciantes más acreditados de Alemania. Poseía hoteles, clubs y una parte muy importante de acciones en los restaurantes de las autopistas.

Cerró la puerta a su espalda.

Y alzó la cara.

Todo parecía ser otra vez como en el viejo tiempo, como en aquella época que parecía extinguida para siempre.

Kelby la asió con ambas manos y la levantó. Stella era como una muñeca rota. Sus piernas no la sostenían. Pero los brazos con que ciñó a Kelby eran ávidos y fuertes.

Ávida era su boca.

Ávidos eran sus besos.

Kelby la volvió a depositar en la silla cuando sus potentes brazos ya llevaban varios minutos sosteniéndola. Ella aún tenía la boca entreabierta. Solo al cabo de algunos instantes dijo con voz pausada, un poco golosa:

—No imaginaba que... estuvieras en Múnich. Y mucho menos reunido con periodistas.

—Mi documentación es falsa —reconoció Kelby—, pero te ruego que guardes el secreto.

—¿Y por qué no había de guardarlo? ¿Qué buscas aquí?

—A Lebian.

Los ojos de la preciosa mujer se ensombrecieron un momento.

—Lebian es la obsesión de tu vida, ¿verdad? —musitó.

—Él ha cometido docenas de asesinatos. Es responsable de miles de vidas arruinadas. Y mató a mi hermana salvajemente.

—Pero ha pasado tiempo. Y a veces hace falta librarse de las obsesiones, Kelby.

—De esta, no. A esta la arrastraré hasta la tumba.

—Entonces más vale que no insista, ¿verdad?

—No, Stella. Esta es la única cosa en la que no debes insistir.

Ella sonrió de nuevo con aquella expresión elegante, un poco indiferente, que la distinguía.

—¿Cómo sabes que Lebian está en Múnich? —susurró.

—Hay una serie de indicios que señalan su presencia aquí. Claro que esos indicios pueden estar mal interpretados o ser falsos, pero los seguiré hasta que encuentre a ese monstruo. Aquí o en cualquier ciudad del mundo. Nunca le perdonaré.

Dio unos pasos por la habitación, mientras con un gesto maquinal se ponía un cigarrillo en los labios, y añadió:

—También hay otro indicio que demuestra la presencia de Lebian en Múnich. Con ese indicio no contaba de ninguna manera cuando puse los pies en la ciudad. Estoy seguro de que él ha ayudado a los palestinos que secuestraron a Mengele.

—¿Por qué había de ayudarlos?

—Quizá para que le ayuden a pasar la droga desde los países de Oriente Medio. Un negocio como el de Lebian no puede estar a mal

con determinados estamentos árabes.

Stella lo miraba fijamente.

—¿Fuiste tú el que realizó aquella matanza en el hotel, Kelby?

—Sí.

—¿Casualidad?

—Sí.

—Siempre estás metido en casualidades de esa clase —dijo Stella sordamente.

—En esta ocasión te juro que no sabía lo que iba a encontrar allí. Y no me hubiese enterado de nada si aquellos salvajes no llegan a arrojar a la pobre muchacha por la ventana.

Retiró de sus labios el cigarrillo que no había encendido y lo depositó en un cenicero. Sus ojos adquirieron un matiz más humano, más limpio, al mirar a la mujer. Luego le acarició con suavidad una de las mejillas.

—No pienses más en esto, Stella —dijo—. No es asunto tuyo, sino mío. Un día atraparé a Lebian y entonces todas mis obsesiones terminarán.

—O él te atrapará a ti.

—Tampoco es asunto tuyo, Stella.

—Claro que lo es. Sabes que te quiero.

Había alzado la cabeza otra vez. Sus labios temblaban casi imperceptiblemente. Algo había en su boca, en todo su cuerpo, que ansiaba de nuevo el beso.

Kelby negó con un seco movimiento.

—Tú eres una de las mujeres más ricas de Europa —dijo—. ¿Sabes quién soy yo?

—El hombre que me gusta.

—Bajemos de las nubes, Stella. Hace un año que te conozco y hubo desde el principio un choque misterioso, algo inexplicable entre tú y yo. Cuando te besé por primera vez, sacándote de esa maldita silla, ni yo mismo me daba cuenta de lo que hacía. Siempre que nos hemos visto desde entonces... Bueno, ha sido como un pequeño chispazo que nos hacía perder la serenidad. Pero nunca me podré casar con una mujer que gana en un día lo que yo gano en dos años.

—Eso es puramente circunstancial. Mis negocios pueden ir mal.

—No, ya no. Los tienes muy bien estudiados y muy bien repartidos. Además dispones de grandes masas de dinero para que aguanten en un momento de apuro. Yo, en cambio, no tengo más que mis cochinas manos y mis cochinas armas.

Stella apretó los labios.

Dijo secamente:

—Nadie te ha hablado de matrimonio, Kelby. He dicho solo que me gustas.

—Esa frase estaría bien en mis labios de sinvergüenza, muchacha. Pero en tus labios de mujer, ¿no es una frase un poco cínica?

Stella Tauser rio.

Estaba claro que ella, por su belleza y por su dinero, quedaba más allá del cinismo. Las normas que regían para las otras mujeres no regían para ella.

Kelby pensó que quizá era eso lo que la hacía tan excitante, a pesar de sus piernas sin vida.

—La verdad es que no me parece demasiado aconsejable que te acerques a mí —reconoció ella—. Soy peligrosa.

—¿Peligrosa...?

—Los hombres que me han amado han acabado teniendo mala suerte.

Kelby hundió un momento la cabeza.

Sus recuerdos volaban.

Sí, era cierto.

Stella Tauser no le había mentado. Dos hombres la amaron y dos hombres habían muerto en circunstancias trágicas. El avión privado en que viajaba el conocido industrial Mortimer, junto con cuatro personas más, se estrelló en las Rocosas. En los círculos sociales norteamericanos se había hablado de la pronta boda de Mortimer y Stella Tauser. Luego a ella se la llamó «la viuda blanca».

Pero aquel no había sido el único caso.

Las «viudas blancas» tienen más libertad que las «viudas negras».

Y Stella había entrado en relaciones poco más tarde con un elegante jugador de tenis, una especie de *play-boy* también cargado de dinero y del que se hablaba que quizá participaría en la Copa

Davis. Su nombre era Holt. Y Holt pereció carbonizado en su coche, junto con dos personas más, al estrellarse en una autopista solitaria. No se podía pedir peor suerte.

Stella seguía mirándole fijamente.

También los recuerdos parecían flotar en torno a ella.

—Hay mujeres que nacen marcadas —dijo—, y yo soy una de ellas. Traigo la mala suerte. Por lo tanto, y oyendo por una vez la voz de mi conciencia, debo pedirte que te alejes de mí.

Él rio quedamente.

—He oído hablar de que otro hombre quiere casarse contigo —dijo—. ¿Ese no teme a la mala suerte?

—Quizá piensa que las casualidades que ya han ocurrido dos veces no pueden ocurrir tres.

—Es Manfred, ¿verdad?

—Sí —dijo la muchacha—. Manfred es un abogado que tiene un gran porvenir político en Baviera. Supongo que le interesa mi dinero. Pero una mujer que está en una silla de ruedas tampoco puede pedir que le juren un amor desinteresado; esa es la triste verdad.

—¿Manfred va a casarse contigo?

—Ese es nuestro proyecto, ¿para qué negarlo? Pero tú me sigues gustando, Kelby.

Y acercó su silla de ruedas.

Seguía siendo una mujer ávida.

Ansiosa.

Cuando Kelby la levantó de nuevo, Stella Tauser se pegó a él con todas sus fuerzas. Luego susurró:

—Tienes que perdonarme. En realidad debo pedirte que te... que te alejes de mí.

—¿Crees que sigues trayendo mala suerte?

—Toda la mala suerte del mundo.

Kelby musitó con una sonrisa:

—Al contrario. Estoy seguro de que las cosas me van a ir muy bien desde que te he encontrado, muñeca.

Y salió del lujoso edificio. Por primera vez en bastantes horas empezaba a sentirse un poco optimista.

Las metralletas funcionaron entonces.

El optimismo se cura con plomo.
Y al instante...

CAPÍTULO VII

LOS dos coches estaban mal aparcados, como los de los periodistas, pero en ellos había gente. Dos hombres en cada coche. Kelby no los vio hasta que ya fue demasiado tarde, hasta estar situado justo en el punto en que se encontraría el fuego cruzado de las cuatro metralletas.

Ni siquiera imaginó que corría peligro.

Dos periodistas de los que aún acechaban la noticia en la calle saltaron casi hacia él. Uno vino por la derecha y otro por la izquierda.

Fue algo totalmente inesperado.

El de la derecha gritó:

—Muchacho, ¿te ha dicho algo?

Se refería a Stella Tauser. Quería saber si ella había comunicado a Kelby alguna noticia especial.

Los de las metralletas ya tenían las armas fuera de las ventanillas.

Por lo tanto se habían puesto al descubierto. No podían perder un segundo.

Enviaron una nube de plomo.

No calcularon, sin embargo, que en aquel preciso instante los dos ingenuos periodistas cubrían a Kelby. No se dieron cuenta de que el chorro de plomo encontraría primero sus cuerpos antes de encontrar al del agente especial.

Ni contaban con la fantástica agilidad de este.

Todo ocurrió como en una descarga eléctrica, con una rapidez alucinante que a otro hombre de menos experiencia le hubiese dejado clavado en el suelo, pero que a Kelly le hizo saltar como si le hubiera empujado un resorte. De pronto tuvo la sensación de que

el mundo entero se hundía en torno suyo.

Los cuerpos de los dos hombres que venían hacia él rebrincaron en el aire.

Aquellos cuerpos parecieron desintegrarse.

Los infernales chorros de plomo hicieron saltar un brazo por encima de los coches. Trituraron materialmente dos cabezas.

Los cuerpos destrozados salieron despedidos.

Dejaron de proteger a Kelby.

Pero este ya no se encontraba en el mismo sitio. Kelby se había dado cuenta del alucinante peligro y había saltado sobre un «Mercedes» aparcado cerca. La elegante carrocería negra quedó salpicada de balas inmediatamente, pero a él ya no pudieron alcanzarle.

Rodó entre los neumáticos.

Las balas los hicieron estallar.

Los hombres de las metralletas, dos en cada coche, se dieron cuenta de que habían matado a dos inocentes, pero eso les importaba poco. Dieron rabiosamente gas a la vez.

Y vinieron contra el «Mercedes» debajo del cual suponían que estaba Kelby.

Lo embistieron uno por cada lado.

El lujoso coche saltó por los aires. Pareció hacerse más pequeño, más frágil. Realmente lo habían «planchado» de tal modo que estaba reducido a la mitad. Luego los otros dos coches se apartaron haciendo marcha atrás.

Desde dos de las ventanillas siguieron enviando plomo contra el «Mercedes».

El depósito de la gasolina fue alcanzado. El coche se convirtió en una inmensa bola de fuego.

La plaza se había llenado de gritos.

La gente se arrojaba bajo los automóviles parados para estar más protegida. Los portales se habían llenado de hombres y mujeres apelotonados. En torno a los dos periodistas muertos se había formado un terrorífico vacío.

Los coches de los asesinos retrocedieron aún más, chocando de espaldas contra los otros aparcados. Luego maniobraron a una velocidad frenética.

Tenían calle libre.

Un motorista de tráfico intentó detenerlos, cruzándose en su camino. Los dos coches lo embistieron a la vez y lo convirtieron en una masa informe mientras se escuchaba un terrible alarido de muerte.

La bola de fuego del «Mercedes» se extendía más y más. Amenazaba con alcanzar a los otros coches del parking.

Todos vieron entonces al hombre que saltaba por encima de los capós con la agilidad de un tigre. Si los asesinos habían pensado por un momento que Kelby se iba a quedar quieto debajo del «Mercedes», estaban equivocados. Iban listos. Porque Kelby tenía la suficiente experiencia para saber que no podía quedarse quieto ni diez segundos en un lugar donde ya le hubieran visto.

Cuando el «Mercedes» se convirtió en una bola de fuego, él ya no estaba allí. Se encontraba debajo de un «Opel» contiguo, aunque sin posibilidad de pasar a la ofensiva porque no le quedaba espacio para moverse. Cuando los dos coches se alejaron, sin embargo, saltó inmediatamente.

Un revólver de cañón corto brillaba en su derecha.

Vio que los dos coches tenían que rodear la plaza para encontrar la salida. Eso significaba que habían de dar una vuelta casi completa a la gran cantidad de coches estacionados allí.

Por lo tanto le quedaba a Kelby una oportunidad de cortarles el camino.

Empezó a saltar ahora sobre los techos de los vehículos estacionados. Su agilidad era asombrosa. Fue en línea recta al punto por el que tenían que desembocar los fugitivos.

Pero la maniobra era digna de un suicida, porque le veían perfectamente. Las metralletas giraron hacia él.

—¡Está allí!

—¡Condenado perro! ¡Dale!

Kelby desapareció engullido por el espacio libre entre dos coches.

Las balas rompieron cristales y descoyuntaron puertas. Desde una de las ventanas de la Cámara de Comercio, Stella Tauser miraba todo aquello con la boca abierta y casi sin respirar, como si no pudiera creerlo.

Los policías corrían en todas direcciones. Pero eran gente de la jefatura de tráfico y sin experiencia en aquella clase de líos. Casi tropezaban entre ellos sin saber adónde acudir.

Kelby corrió en zigzag.

Los coches estacionados le cubrían parcialmente.

Vio entonces una grúa que se disponía a llevarse un «Volkswagen» averiado. Kelby sujetó al conductor por la camisa.

—A hacer otro remolque, hermano —gruñó—. Te esperan en Sebastopol.

—¿Pero qué pasa?

—Soy el amo de la grúa —dijo Kelby—. La necesito para transportar las dos cosas que lleva en los sostenes mi novia. No sabes tú lo que pesan.

Y de un gancho envió por los aires al pobre tipo. No podía perder tiempo. Todo dependía ahora de unos segundos.

Subió al camión-grúa y lo puso en marcha.

Salió de repente de entre los coches estacionados.

Cortando el camino.

Se situó de espaldas a los dos bólidos que llegaban.

La enorme masa de la grúa apareció de repente ante ellos. El primero frenó espasmódicamente. Pero quedó empotrado debajo del camión mientras el brazo de hierro y el garfio entraba por el parabrisas.

Se oyó un grito de muerte.

El conductor había logrado «salirse» con un movimiento de reflejo, pero su compañero recibió el terrible golpe en plena cabeza. La sangre pareció cambiar de color toda la tapicería del automóvil.

El conductor abrió la portezuela.

Salió a toda velocidad.

Porque no era eso solamente. El segundo coche, incapaz de frenar a tiempo, había quedado materialmente empotrado en el primero.

Kelby hizo maniobra con la grúa.

Se llevó toda la chatarra ensangrentada que tenía enganchada detrás.

Y asomó la mano con el revólver de cañón corto.

Veía la cabeza del fugitivo.

Una crispación.

Un disparo.

Y hubo un cambio en la cabeza del fugitivo.

Porque dejó de verla. Lo que quedaba de ella se estrelló flácidamente contra las ruedas de un «Jaguar».

Los ocupantes del segundo coche salieron huyendo también, uno por cada puerta. Inmediatamente se perdieron en el laberinto del parking, aunque a uno de ellos lo «afeitó» Kelby con una bala que le acarició la nuca.

Inmediatamente salió de la grúa.

No le convenía que le interrogasen allí. Ni que supiesen quién era. No podía dar explicaciones de ninguna clase.

En la confusión inmensa de la plaza, entre los gritos y el estruendo de las bocinas, entre los empujones de los policías de tráfico que intentaban abrirse camino aunque no sabían hacia dónde, Kelby consiguió salir de allí. No resultó tan difícil, porque una enorme muchedumbre huía en todas direcciones. Aquello recordaba los amargos días de los bombardeos de la ciudad. Las sirenas de los coches patrulla que llegaban de todas partes no hacían más que aumentar la confusión inenarrable que ya imperaba en todas las calles de aquel sector de Múnich.

Un periodista recién llegado gritó:

—¿Pero qué cuerno pasa?

—No sé —dijo uno de los que huían—. Parece que los de la selección de Haití han querido linchar a un árbitro...

* * *

Kelby se daba cuenta de lo que todo aquello significaba: por una razón o por otra, él era el hombre más condenado a muerte de toda Alemania. Sabía cosas que a alguien no interesaba que se supiesen. Querían sellarle la boca para siempre, y era inútil que se escondiera incluso en las alcantarillas de la ciudad. Darían con él y le enviarían al infierno con sello de urgencia.

Pero eso no le asustaba en absoluto. Lo que le asustaba era pensar que podía morir sin haber averiguado nada importante, sin haber penetrado hasta la entraña de aquella sucia cadena de

crímenes.

Esa sola idea le producía vértigo.

Regresó al hotel.

Necesitaba unas cuantas cosas. Entre ellas tomarse un whisky doble y pensar durante un rato en un ambiente de relativa paz.

Y después de pensar, beberse otro whisky doble.

En el vestíbulo, los periodistas se quejaban de que Golden Ball seguía queriendo cobrar por las entrevistas. Decían que cada vez era más inabordable. Unos cuantos le estaban poniendo de vuelta y media.

Cuando a Kelby le dieron la llave, el conserje le advirtió:

—Hay una nota para usted, señor.

Kelby pensó: «Una amenaza».

Pero no. Era sencillamente una nota escrita en inglés y que decía:

«ESTOY DISPUESTO A CONCEDERLE UNA ENTREVISTA CUANDO QUIERA. — GOLDEN BALL».

Kelby la arrugó.

—¡Diablos! —dijo.

—¿Malas noticias, señor? —preguntó el conserje.

—No, no llegan a serlo —dijo Kelby mientras se alejaba.

«¿De dónde piensa Golden que voy a sacar el dinero para pagarle la entrevista? —gruñó para sí mismo mientras se alejaba—. ¡En menudo lío me he metido yo ahora para ponerme a pensar en eso!»

Y se metió en su habitación, a la que el día anterior había encargado que subieran una botella de whisky. Se preparó un buen chorro mientras se acercaba a la ventana. Sentía que la cabeza le daba vueltas y que un zumbido se iba apoderando de sus sienes.

Los problemas se iban amontonando sobre él, pero quizá el peor de todos era el de su propia seguridad. Le tenían fichado y acabarían con él si no cambiaba pronto de residencia. Necesitaba desaparecer por un par de días. ¿Pero adonde ir? ¿Quién encontraba ahora una habitación libre en Múnich?

Telefonó a Gretchen. Gretchen estaba en su despacho desde el que parecía dirigir una oficina de prensa, pero en realidad vigilaba y controlaba a docenas de personas de las que estaban en la ciudad. No pudo evitar una exclamación de sorpresa cuando Kelby le explicó en breves palabras que si seguía vivo era por puro milagro.

—¿Pero lo que acaban de contarme de la Cámara de Comercio... lo has organizado tú? —musitó Gretchen.

—Más bien puede decirse que me lo han organizado.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Por eso te llamo, Gretchen. De momento voy a dejar libre la habitación del hotel. Puedes disponer de ella.

—¿Pretendes que no te controlen?

—Sí.

—¿Y adónde piensas ir?

—No lo sé, pero tengo una idea.

Colgó. No pensaba decir a nadie lo que iba a hacer. Ni siquiera a Gretchen.

Puesto que la habitación estaba aún a nombre de esta y ella la pagaba, no se molestó en abonar la cuenta. Lo único que hizo fue preguntar en la oficina de información del hotel donde se alojaba un joven político llamado Manfred. Stella Tauser le acababa de hablar de él. Era su último amor, después de tantas desgracias. El amor que quizá se convertiría en definitivo.

Manfred era un hombre de mucha influencia en Múnich. Diciéndole que venía de parte de Stella, quizá le ayudaría y le proporcionaría un refugio provisional en la ciudad.

La muchacha de la oficina de información le sonrió.

—El señor Manfred no vive en ningún hotel —dijo—. Tiene residencia fija en Múnich.

—¿Dónde?

—Aquí lo tiene anotado: Gutenberg Platz. Está en un barrio residencial a la izquierda de la autopista de Núremberg.

—Gracias.

Con aquella dirección, Kelby ya podía hacer algo. Tomó un taxi y pidió que le condujeran a las cercanías de la Gutenberg Platz, aunque sin llegar a esta. No quería llamar la atención de ningún modo ante la casa de Manfred por si alguien le seguía y las cosas

iban mal dadas.

El taxista se puso a despotricar contra los campeonatos mundiales, contra la gentuza de toda clase que había llenado Múnich, contra los carteristas venidos hasta de Laponia, contra las damas galantes que allí estaban haciendo una fortuna, contra los jugadores de no rendían en el campo, contra tal y cual, que no estaban en forma, contra los árbitros y contra la selección de Zaire, que a él le era simpática y sin embargo no había llegado a la final. Por fin empezó a despotricar contra la Gutenberg Platz, que estaba demasiado lejos.

El tío tenía una verborrea infatigable.

Al fin confesó que le hubiera gustado ver una final Haití-Zaire para que el campo se llenase de negrazas. A él las negrazas le traían loco.

En fin era un taxista de los que ya no quedan.

Dejó a Kelby en aquel sector de Múnich que el joven desconocía y se alejó a ver si había suerte y encontraba alguna masajista antillana. Por su parte Kelby dio un rodeo en torno a las villas elegantes, discretas, rodeadas todas por un precioso jardín, villas que tenían un toque de dignidad muy germánico y una armonía que era muy difícil encontrar en otras ciudades del mundo.

Allí vivía la gente adinerada de Múnich, la que significaba algo en las finanzas y el comercio de la ciudad. Allí tenía que vivir por fuerza un político como Manfred, que esperaba llegar muy lejos gracias al dinero de Stella Tauser. Cuando se casara con ella, dispondría de una auténtica fortuna para invertir en sus campañas.

Kelby vio la casa. Cruzó la calle solitaria. Distinguió en el jardín un «Mercedes» deportivo último modelo, color frambuesa, lo cual era señal evidente de que el dueño de la casa se encontraba en ella.

Kelby sabía que Stella Tauser estaba enamorada de él, o sabía que al menos le gustaba físicamente a aquella mujer ansiosa a la que la vida había condenado a una silla de medas. Pero no le dolía el hecho de que fuera a casarse con Manfred después de haber tenido mala suerte con dos hombres más, muertos tan trágicamente. Él, Kelby, no podía ofrecerle nada. Él, Kelby, era un aventurero o quizá un indeseable, mientras que Stella necesitaba un hombre de mano firme, un hombre de prestigio que, usando bien de su dinero, lograra elevarla hasta lo más alto.

Por lo tanto no se sentía enemigo de Manfred. Es más, no le molestaba en absoluto pedirle ayuda, para que le ocultase durante un par de días.

Pulsó el timbre de la puerta.

En aquella casa tan elegante tenía que haber criados.

Pero el timbre no sonó. Aquello tenía que estar desconectado. Kelby volvió a insistir.

Silencio.

Temiendo que pudiera haber ocurrido algo, el joven empujó la puerta y comprobó que estaba bien cerrada. Entonces miró en torno suyo para cerciorarse de que no le vigilaba nadie.

Desprendió la aguja que sobresalía de la cadena de su reloj cuando él movía un resorte. Aquella pieza de acero, que ya había demostrado ser terriblemente mortífera, podía también servir de ganzúa en caso necesario. Con ella, Kelby forzó la cerradura durante unos segundos.

Pudo abrir sin más problemas.

El silencio de la casa le recibió. Por lo que pudo ver, todo aquello estaba amueblado con un estilo muy germánico, muy severo, muy digno. En las paredes había ricos tapices de Flandes. Una biblioteca abierta, al fondo, daba al vestíbulo un ambiente de severa dignidad, muy apta para la imagen pública que quería ofrecer Manfred a sus electores.

Kelby no podía apartar de su cabeza la idea de que quizá aquel hombre estaba muerto. Tenía la sensación de que algo siniestro había ocurrido allí. Pero las palabras y los suspiros que llegaban desde el piso superior le convencieron de lo contrario.

Si bien Kelby no había hecho el menor ruido, acentuó ahora sus precauciones al avanzar. La gruesa alfombra de la escalera permitió ahogar el sonido de sus pasos. Llegó al piso superior y se dio cuenta de que la campanilla de la puerta no funcionaba porque la habían desconectado, como seguramente habrían desconectado también el teléfono. Y el que lo había hecho —sin duda el propio dueño de la casa— tenía sus motivos.

Los dos estaban en la habitación.

De allí surgían las palabras ahogadas y los suspiros.

La muchacha era preciosa.

Jovencísima.

Una de esas bellezas alemanas que hacen volver la mirada a los ansiosos hombres de los países mediterráneos.

La actividad a que se estaban dedicando era vieja como el mundo, y seguramente no se hubiesen dado cuenta de nada aun sonando a sus espaldas el estampido de un cañón. Pero Kelby extremó sus precauciones para que no le oyesen. Descendió.

Su rostro había palidecido.

Lo que acababa de ver no tenía nada de antinatural. Ni de extraño. Pero lo sentía por Stella Tauser, lo sentía con tanta sinceridad que casi notaba en su pecho un daño físico a causa de la opresión.

Stella Tauser nunca tendría suerte.

No era solo por su imposibilidad física. Era también por sus amores continuamente frustrados, unas veces por la desgracia y otras veces —como ahora— por la infidelidad. Porque estaba claro que Manfred quizá no tendría inconveniente en casarse con ella, pero en cambio buscaba diversiones con otras mujeres. La que ahora tenía en su dormitorio era tan bonita como Stella Tauser y además podía mover sus piernas. Seguramente la conservaría incluso después de casado. Stella sería siempre una desgraciada si llegaba a saberlo.

Pero quizá no llegaría a enterarse nunca.

Más valía así.

Kelby chascó dos dedos y salió de la casa en silencio, cerrando la puerta cuidadosamente, dejándola como si no la hubiera tocado nadie. Lo que acababa de ver no solo le hacía sentir pena por Stella, sino que además anulaba sus planes.

No habría modo de pedir a Manfred que le ocultase, y menos diciendo que venía de parte de Stella. Por lo tanto tendría que buscar otro sitio.

Sus ojos escudraron las casas que se alineaban en la tranquila calle. Cada cinco casas había una parcela de bosque. Incluso en una ciudad grande como Múnich, todo estaba tan bien organizado que parecía como si uno viviese en plena naturaleza. Qué diferencia de otras ciudades que él había visto...

Le pareció que al menos un par de aquellas cosas estaban

desocupadas. Por lo tanto se acercó discretamente a la parte trasera de una de ellas y forzó la puerta de servicio. Unos instantes después estaba en el interior.

En efecto, la casa se encontraba vacía, porque en ella realizaban obras. Los muebles estaban siendo restaurados. Más allá de las ventanas se captaba el ambiente apacible de la calle.

Kelby oyó el motor de un coche y se acercó a un lado de la ventana del hall. Pudo distinguir el magnífico «Mercedes» color frambuesa que se alejaba hacia el centro de la ciudad. En su interior iban Manfred y la preciosa muñeca que le había proporcionado una hora tan agradable. Los dos desaparecieron como si fueran un anuncio de las cosas felices que se pueden obtener en este mundo.

Kelby arrancó de sus pensamientos el recuerdo de Stella Tauser. Tenía cosas más urgentes en qué pensar.

Conectó la televisión, que al menos funcionaba, y llegó a tiempo de ver el programa de noticias. No se sabía absolutamente nada más de Mengele, y en el gobierno alemán existía una gran tensión. El embajador de Israel había hecho varias consultas al gobierno de su país sin que por el momento existiera una respuesta concreta.

Y el plazo acababa a medianoche. Si para entonces no habían sido liberados los presos, Mengele sería ejecutado por los palestinos.

Kelby hizo un gesto de pesadumbre. Aunque aquel no era asunto suyo, había logrado crísparle los nervios.

Casi se sentía responsable de lo ocurrido puesto que él, en cierto modo, había participado en aquel sangriento mejunje.

Desconectó la televisión, paseó la mirada en torno suyo y se dispuso a pasar allí una noche lo más tranquila posible. Al menos en aquel sitio estaría seguro y tendría tiempo para pensar. Eligió un cómodo diván que ya había sido restaurado y encontró muy cerca un mueble-bar bien surtido. Lo que le faltaba.

Encontró en el interior una botella de bourbon «Cinco Rosas» y se preparó una dosis doble. Pero debía estar muy nervioso, en contra de lo que era costumbre en él, porque los dedos se le mojaron con el líquido. A consecuencia de ello, el alto vaso casi le resbaló; un poco más y cae al suelo.

Kelby lo sujetó en el aire.

Inclinó el cuerpo para hacerlo.

No se dio cuenta de que con ello salvaba su vida.

No, eso no lo sospechaba en aquel instante. Creía estar tan solo que no se dio cuenta de que una de las puertas del *hall* se había abierto. No se dio cuenta de que una pistola de cañón ancho aparecía por el hueco.

El brusco movimiento del cuerpo de Kelby hizo fallar la puntería al hombre que le estaba apuntando. La bala de gas pasó rozándole la nuca. Se estrelló en una de las paredes y produjo en ella una bola de humo.

Todo fue silencioso.

Incluso un hombre que no fuera un experto como Kelby no se hubiese dado cuenta de lo que aquello significaba exactamente.

Pero él sabía muy bien lo mortíferas y silenciosas que son las balas de gas venenoso. No importaba que, en vez de alcanzarte en el corazón, te alcancen en el dedo de un pie. El veneno circula por la sangre en cuestión de segundos. La muerte es tan segura como si a uno le hubiesen partido con una guillotina.

El hombre disparó otra vez desde la puerta.

Pero Kelby ya había saltado al otro lado de la pieza.

La segunda bala de gas se estrelló contra un mueble y lo derribó. Kelby apareció por detrás de una de las butacas.

Sus ojos despedían una chispita maligna.

Había sacado ya el revólver de cañón corto.

Vio fugazmente la silueta de su enemigo que se ocultaba y disparó una vez. La puerta pareció saltar de sus goznes.

Pero Kelby no había alcanzado al fugitivo. Y sabía que no podía exponerse a disparar de nuevo porque las detonaciones se escucharían en todo el barrio. En consecuencia se lanzó de cabeza hacia aquella puerta.

Vio apenas al fugitivo.

Kelby pudo haberlo matado. Lo tuvo a tiro el tiempo suficiente para clavarle una bala en la nuca.

Pero no lo hizo. Necesitaba cazar vivo a aquel buitre para obligarle a hablar. Sujetando la culata con los dientes para tener las manos libres, se lanzó en plancha hacia adelante.

Ninguno de los guardametas que casi a diario se lucían en los

campeonatos mundiales había demostrado tanta agilidad.

Fue un lanzamiento perfecto a los pies del contrario.

Kelby lo abrazó por los tobillos.

El otro cayó de bruces. No había tenido tiempo de recargar su pistola de gas. Revolviéndose, intentó golpear a Kelby con la culata.

Kelby acabó de saltar sobre él.

Le dio con el antebrazo en el cuello.

Le dejó sin respiración.

Le partió la nariz con un seco golpe de karate.

Su enemigo se estremeció hasta los huesos.

A partir de aquel momento estaba casi indefenso. De todos modos aún hizo el «puente» con el cuerpo y envió a Kelby por encima de su cabeza.

No era un aficionado.

El tío tenía fondo.

Pese a los golpes que acababa de recibir, seguía comportándose como un luchador de primera clase.

Kelby salió proyectado contra la pared. Rompió un gran espejo de Baviera. Resbaló mientras su enemigo se ponía en pie.

Le vio saltar hacia la puerta.

Kelby fue tras él.

Otro salto fantástico cuando el otro ya llegaba al vacío jardín posterior. Casi lo alcanzó de nuevo.

Los dos rodaron por el suelo. El fugitivo, sin embargo, logró ponerse en pie y saltar la valla que separaba el jardín de la calle vacía. De todos modos estaba claro que no iba a poder huir. Tenía a Kelby tan cerca que este acabaría por darle alcance antes de un minuto.

Kelby ahogó una maldición.

Se dispuso a saltar de nuevo.

Y entonces apareció el coche negro. Era un «Mercedes» enorme, un «Mercedes 600» de los llamados «ministro».

Kelby lo comprendió enseguida.

Allí estaba la muerte.

La muerte con caparazón de lujo.

CAPÍTULO VIII

KELBY había visto ya el coche y se había dado cuenta de que era una de las bomboneras más perfectas que se fabricaban en el país de los coches perfectos. Pero no se fijó en él más allá de unas décimas de segundo. Lo que realmente le llamó la atención, lo que hizo que se crispara todo su cuerpo fue la persona que estaba dentro.

Vio el rostro juvenil, curiosamente juvenil para un hombre de su historial.

Vio el ancho bigote negro.

Vio la metralleta que asomaba por una de las ventanillas del lujoso bólido.

Y todos sus nervios, todos sus músculos parecieron romperse en un estallido mientras Kelby aullaba:

—¡Lebian!

Igual en que una película meteórica, casi absurda, desfilaron las imágenes de la muerte de Gloria.

Penetraron igual que cuchillos en su cerebro.

Fue como si sucediera otra vez.

La metralleta.

La ráfaga.

Las cinco balas en su cara.

Solo que ahora la ráfaga iba dedicada al fugitivo, sin duda porque Lebian temía que aquel hombre fuera capturado y hablase. El chorro de balas saltó hacia él;

Kelby vio brincar aquel cuerpo.

Lo vio retorcerse en el aire.

Clavarse materialmente en una de las paredes.

Luego el «Mercedes» vino hacia él. Rugió de una manera casi

fantasmal. Su motor produjo el efecto del motor de un tanque.

Kelby distinguió a Lebian apuntando con una mano mientras conducía hábilmente con la otra. Su habilidad en la maniobra fue digna de un Fittipaldi. Sus gestos quedaron grabados en la mente de Kelby como una serie de placas sucesivas que se empotraran a golpes de fuego.

Y Kelby notó algo extraño.

¡Hubiera tenido que darse cuenta entonces!

¡Hubiera tenido que verlo!

Pero aquellos detalles quedaron grabados en su mente de una forma confusa, casi irreal. En estos decisivos momentos, en estos segundos que lo decidían todo tenía que fijarse en la metralleta y no en otra cosa.

El plomo vino hacia él.

Fue también un auténtico chorro.

Pero así como el fugitivo había casi tropezado con aquella cortina de balas, quedando pulverizado, Kelby la esquivó. Su cuerpo patinó por debajo de una valla de sólida piedra. Las balas hicieron saltar esquirlas en todas direcciones.

El «Mercedes» patinó bruscamente.

Se subió a la acera.

Todo su morro quedó brutalmente empotrado en la valla. Lebian no había podido frenar. Otro coche de menos empaque hubiese quedado convertido en un rincón de chatarra.

Pero aquella mole resistió aun a costa de partir el parachoques en dos pedazos y dejar el capó hecho una palangana. Su conductor dio marcha atrás. Logró salirse de aquella encerrona.

Pero mientras hacía eso no pudo disparar, y ello permitió a Kelby aparecer por el otro lado de la pared armado con su revólver de cañón corto. Hizo tres disparos instantáneos.

Con la fría precisión del odio.

Con un implacable deseo de matar.

Los tres plomos convirtieron materialmente en polvo el parabrisas del «Mercedes», al pasar rozando la cabeza de su ocupante. Si Kelby no acertó en esta ocasión fue porque el coche estaba haciendo una maniobra de una rapidez brutal. En cuestión de segundos, y dando marcha atrás, había doblado la esquina.

Kelby lo perdió de vista.

Ahora se habían invertido los papeles. El que atacaba era él y el fugitivo era Lebian.

El «Mercedes» salió disparado.

Por el otro lado venía disparado un «600». Pero un «600» de verdad. Un pequeño «Fiat».

Al recibir la embestida del mastodonte, quedó convertido en chatarra después de saltar al interior de un jardín. El conductor lanzó un grito y ya no dijo absolutamente nada más. Quedó convertido en una piltrafa.

La maldición de Kelby debió oírse en toda la calle.

Disparó como un obsesionado. Acabó todas las balas que había en el cilindro de su revólver.

Pero ya no veía nada del «Mercedes» fugitivo. Comprendió que esta vez había salvado la piel, pero al mismo tiempo había perdido la partida. Porque Lebian volvía a ser una sombra. Porque ahora tardaría quizá años en dar nuevamente con él.

Limpió maquinalmente las huellas del revólver y lo arrojó a un jardín. No le quedaban más balas y por tanto no le servía. Además aquel cacharro procedía de los bajos fondos y jamás le identificarían por él, a menos que se lo encontraran encima.

Y eso no sucedería nunca.

Kelby se convirtió entonces en una especie de campeón de los cien metros vallas para saltar todos los obstáculos de dos jardines y salir a una calle paralela. Atrás se escuchaban una serie de gritos mientras empezaban a sonar a lo lejos las sirenas de la policía.

Pero nadie pudo echarle el ojo encima. Nadie pudo saber quién era aquella especie de hombre-bala.

Ni Kelby podría saber dónde estaba Lebian.

Cuando, medio kilómetro más allá, tomó un autobús suburbano cerca de la autopista de Nuremberg, sus ojos se habían vuelto espantosamente turbios.

CAPÍTULO IX

AQUELLA noche Kelby, para poder dormir en algún sitio, tuvo que emplear nuevamente el sistema de contratar los amables servicios de una señorita que tenía unas hermosas piernas y un hermoso apartamento a disposición de los clientes. Claro que lo que necesitaba Kelby era el apartamento. Las piernas maldita la falta que le hacían.

Después de lo ocurrido, tenía ganas de cualquier cosa antes que dedicarse a medir por palmos la piel de una mujer.

Kelby tuvo que fingir que se sentía mal. Dio a la chica una espléndida propina, pero ni la tocó.

Ella gruñó:

—¿Pero qué te pasa? ¡Con esa planta...! ¡Los hombres de ahora no tenéis más que fachada!

—¿Hombres? Sin ofender, nena, sin ofender —gimió Kelby con voz plañidera.

Cuando salió a la mañana siguiente de allí pensó que si la bromita se repetía iba a adquirir fama de ser el inútil sexual más importante de Múnich, lo cual, ciertamente, no era como para que a uno le diesen una mellada. Además, eso de pagar pistonudamente a una chica para terminar sin saber ni de qué color llevaba la combinación, resultaba bastante latoso.

Pero había conseguido pasar una noche más.

Y tenía la piel entera.

No era poco.

Telefoneó a Gretchen desde una cabina pública.

—Muñeca —dijo.

Ella exhaló un suspiro de cansancio que se oyó perfectamente desde el otro lado del cable.

—Muñeco —contestó.

—¿Qué te pasa?

—Oye... solo por simple curiosidad. ¿Estuviste ayer cerca de la autopista de Nuremberg?

—Bueno... me acerqué un poco.

—¿Y también te acercaste a Gutenberg Platz?

—Verás... Pasaba por allí cuando la cosa empezó a animarse.

Ella volvió a suspirar.

—No tienes remedio, Kelby. Lo malo es que no voy a poder ir a tu entierro.

—¿Por qué?

—Porque el día que la diñes no va a poder saberse ni con lupa qué pedazos son los tuyos.

—Algún sistema habrá para identificarlos —murmuró él—. Yo creo que se reconocerán enseguida porque serán los únicos que tendrán abundantes manchas de rouge encima de la piel.

Ella lanzó una imprecación.

—Eres un cerdo, Kelby.

—Cierto. Y menos mal que estoy en Múnich, y no en Frankfurt. Aquí no se fabrican tantas salchichas.

—¿Has leído los periódicos?

—No me he atrevido. Supongo que acaparo las primeras planas.

—Casi enteras. La gente supone que todo esto viene que ver con la desaparición de Mengele, y las medidas de la policía se han reforzado al máximo. Externamente no se nota, pero casi puedo asegurarte que de cada diez espectadores que haya en el estadio en la final, uno al menos será de la bofia. Por cierto, Israel no ha accedido a las pretensiones de los palestinos y nada se sabe de Mengele. Hay una sorda lucha de cancillerías de la que el público apenas se entera, porque los mundiales lo acaparan todo. ¿Dónde piensas vivir ahora?

Kelby pensó que, con la fama que iba atrapando, ya no encontraría más chicas disponibles en toda la ciudad. Al fin y al cabo ellas se lo cuentan todo unas a otras: «Mira, chica, anoche pesqué a un tío que parecía un gran hombre y resulta que...» De modo que Kelby dijo:

—¿Sigues teniendo la habitación del Reisesdale?

—Claro...

—Volveré allí. Confío en que haya suerte.

De modo que regresó, pero no se dio prisa. Estuvo haciendo unas investigaciones por la ciudad y comió en un restaurante bávaro típico. Cuando llegó al Reisesdale se enteró de que Holanda acababa de clasificarse para la final al ganar a Brasil por 2-0. Alemania también estaba clasificada al vencer a Polonia por 1-0 después de un partido memorable del guardameta Maier, que salvó a su equipo de la derrota. Polonia había sido la auténtica revelación de los campeonatos.

La gente estaba excitada. Los periodistas que vivían en el hotel escribían largas crónicas para sus periódicos en todos los idiomas del mundo. El teletipo instalado en el Reisesdale no dejaba de transmitir.

Pero eso importaba a Kelby menos que un canguro muerto en una carretera australiana. Cuando le enseñaron una foto de la jugada que había originado el *penalty* contra Polonia, *penalty* que detuvo el portero, Kelby exclamó:

—¡Pero si eso no es nada!

Claro, él estaba acostumbrado al rugby.

Todas las entradas le parecían de mantequilla, y eso que la defensa holandesa hacía algunas que echaban chispas.

Cuando reclamaba la llave, el conserje le dijo:

—Oiga... muy confidencial. Acaba de llamar el señor Golden Ball.

—Será una broma...

—No, no... Tiene mucho interés en hablar con usted para una entrevista.

—¿Pero qué manía ha cogido conmigo?

—Dice que usted le dio cierta idea sobre una jugada de extremo rozando el *orsay*.

—¿Una idea yo?

—Bueno, eso dice.

—Claro, claro... Es que yo de fútbol entiendo mucho. ¡Ejem!

—Me ha dejado un número de teléfono para que le llame. ¿Va usted a ponerse en contacto con él?

—No sé, no sé...

—Oiga, señor, yo no sé qué clase de periodista es usted, pero le advierto que ese número de teléfono vale dinero. Todo el mundo se pirra por entrevistar en exclusiva a ese futbolista.

—Será porque tienen pasta larga. Yo no.

—No ha dicho nada de dinero.

Kelby se agrandó el ojo derecho con un dedo como si dijese: «Je, je... ¡Pero yo tengo una vista...!»

Y subió a la habitación mientras musitaba:

—Que se vaya a cobrar a otra parte. ¡A mí no me engancha!...

* * *

Todo el día siguiente lo pasó recorriendo Múnich de un lado para otro, en un intento casi desesperado de hallar alguna pista. Cualquiera que le hubiese seguido —y no hay duda de que alguien le seguía— hubiese pensado que Kelby estaba loco, pues lo mismo se metía en un hotel de lujo que en un tugurio donde se jugaba con dados marcados o en un taller de reparaciones donde ponían placas falsas a los coches robados. En quince horas de incansable deambular visitó discotecas, casas de cuento, consulados, hospitales, clínicas para enfermedades venéreas, gimnasios, un antro de invertidos, una tienda «porno», un cine, una iglesia... Todo aquello, al parecer, no tenía relación, pero la tenía. Kelby llevaba muchos años recorriendo el mundo y sabía dónde encontrar a esa fauna indefinible e inhallable, peligrosa y escurridiza que es el hampa internacional. Los hombres que buscaba Kelby se dedicaban a los negocios más variados, desde el robo de coches a la explotación de mujeres, desde la falsificación de pasaportes al balazo en la nuca por cuenta de un tío que paga bien. Esos hombres se hospedaban a veces en hoteles de cinco estrellas y otras en dormitorios colectivos del Ejército de Salvación. Pero todos ellos formaban una especie de batallón fantasma que se reconocía por el olor, por un gesto, por el brillo de unos ojos. Kelby sabía reconocerlos. Kelby, perro de presa profesional, sabía que iba a encontrar en Múnich a los hombres que necesitaba.

Por eso recorrió la ciudad de lado a lado.

Por eso se hundió hasta en sus entrañas más negras.

En todas partes preguntaba lo mismo. Preguntaba por Lebian y

por Mengele.

Pero en los bajos fondos de Múnich —lo mismo en los bajos fondos dorados que en los bajos fondos con olor a pocilga— imperaba una extraña ley del silencio. Nadie decía ni su nombre. Nadie daba lumbre para un cigarrillo. Nadie se aventuraba a adentrarse en una calleja solitaria.

Y las razones eran lógicas.

Lebian era una auténtica potencia internacional.

Nadie iba a enemistarse con él. Nadie iba a ser un chivato aun en el caso de saber algo.

Y Mengele era un asunto de los palestinos. Los palestinos no tenían escrúpulos a la hora de hacer una masacre. Por lo tanto mejor se estaba con la boca cerrada.

Kelby tuvo que darse por vencido al regresar a su habitación de hotel. Esta vez había fracasado. Ninguno de los hombres que hubiera hablado en París, en Nueva York, en San Francisco o en Madrid decía una sola palabra en Múnich.

Por otra parte los periódicos también guardaban un silencio repentino en torno al caso Mengele. La televisión no lo mencionaba. Y Kelby comprendió que las razones de todo ello podían ser muy sencillas.

Se trataba de una medida de elemental prudencia, pues aún debían seguir las negociaciones, en cuyo éxito se confiaba.

Por lo tanto no convenía que ni un solo comentario, ni una sola noticia inoportuna pudiera poner nerviosos a los secuestradores y desencadenar una reacción fatal.

Kelby dio un repaso a la prensa, vio la televisión, husmeó por el hotel con la esperanza de encontrar por milagro a algún chivato y al fin volvió a su habitación.

Empujó la puerta.

Y casi no se sorprendió al verla allí.

Piernas largas.

Boca entreabierta.

Pecho opulento.

Y todo lo demás.

La mejor «delantera» y la mejor «retaguardia» de los Mundiales. Lástima que cosas así no las retransmitan en directo para los

distinguidos telespectadores. Y es lo que Kelby pensaba: la televisión no tiene imaginación. La televisión aún está en la edad de piedra.

Gretchen dejó una media sobre una butaca.

La chica, en el vestir, era lo que se dice una chica clásica.

Se ajustó un poco la bata.

Y dijo ante la mirada un poco sorprendida de Kelby:

—Esta es mi habitación, ¿no?

—Nadie... lo niega.

—He venido a recoger un poco de ropa que tenía aquí.

—Ah...

—Unas medias, una bata de andar por casa... Bueno, poquita cosa.

Kelby musitó:

—Para mí aún es demasiada.

Gretchen alargó la mano.

El tortazo debió de oírse en todo el hotel.

Pero Kelby no se inmutó.

Solo dijo:

—San Francisco.

—Sí. Te lo debía desde San Francisco. Fue allí donde me dijiste por última vez que aún llevaba demasiadas cosas.

Y le miró fijamente.

Kelby avanzó.

La estrechó en sus manos.

Buscó su boca.

Fue el «marcaje más estrecho» que se había visto en los Mundiales. El agarrón resultó de tarjeta roja.

Cuando él dejó de besarla, a Gretchen le dolía la boca.

Pero únicamente musitó:

—Varsovia.

—Sí —susurró él—, fue en Varsovia donde te dije que la próxima vez te dejaría sin respiración.

Gretchen le miraba fijamente, como desafiándole con sus intensos ojos color zafiro.

—¿Qué dirás la próxima vez? —preguntó.

Kelby se dispuso a dejar la habitación sumida en una luz más tenue mientras susurraba:

—Que nuestro hijo pudo nacer en Múnich. Y con nosotros dos en *orsay*...

CAPÍTULO X

SOLO fue a la mañana siguiente cuando ella se lo dijo. Solo fue a la mañana siguiente cuando Kelby descubrió el porqué de aquel rictus adusto, preocupado, que a veces, durante la noche, había sorprendido en los labios de Gretchen.

Ella musitó mientras salía de la ducha:

—No te he explicado por qué vine anoche, Kelby.

—Me dijiste que a retirar tu ropa.

—No era verdad.

—Sabía que no lo era —musitó él—. Pero también me dijiste que era por darme el guantazo de San Francisco.

—Tampoco era verdad.

—Sabía que no lo era. Pero posiblemente querías que te diese el beso de Varsovia.

—No, Kelby, no era verdad.

—¿Viniste acaso por el posible hijo de Múnich?

Ella negó con la cabeza.

De pronto parecía haber en el fondo de sus ojos un brillo de lágrimas.

—Debí decírselo anoche, Kelby —farfulló—. Hubiera sido mejor.

—¿Qué debiste decirme?

—Me transmitieron un mensaje para ti.

—¿Quiénes?

—No lo sé. Se identificaron por teléfono como fuerzas palestinas.

Kelby apretó los labios.

Una sombría lucecita pasó por ellos.

—¿Mengele? —susurró.

—Creo que sí.

—Y yo creo que la gente se olvidará de él si la prensa y la televisión no vuelven a mencionar el asunto. Los jugadores reservas dejan poca huella en la conciencia de los aficionados. ¿Pero qué pasa con Mengele? ¿Qué te han dicho?

—Van a entregártelo a ti.

—¿A mí?

Kelby había hecho un gesto de incredulidad. Y por todos los diablos que aquel gesto no era fingido.

—¿Por qué a mí? —insistió con voz opaca.

—Porque mataste a varios de ellos.

—Quieres decir que es una trampa, ¿no?

—Estoy segura, Kelby.

Los ojos de Gretchen estaban llorosos.

Pero en nombre de todos los infiernos...

...¿Cuándo puede decirse que son sinceros del todo los ojos llorosos de una mujer?

—No vayas —musitó.

—Entonces no debiste darme el mensaje.

—Tú eres un hombre que quiere saberlo todo, Kelby. No podía evitarlo.

—¿A qué hora me han citado?

—Tienes una hora justa.

—¿Para ir adonde?

—Kilómetro ocho de la autopista de Innsbruck. Es un sitio que tú debes conocer.

—Sí —dijo secamente Kelby—. ¿Y qué ha de haber en el kilómetro ocho?

—Un «Opel» detenido con el capó alzado en señal de avería. Estará en el arcén derecho. Dentro se encontrará Mengele.

Kelby apretó los labios.

Demasiado complicado quizá.

O demasiado sencillo.

—¿Han pensado que alguien puede acercarse en lugar de acercarme yo? —preguntó secamente—. ¿Por ejemplo un policía de tráfico?

—No creo que existan demasiadas posibilidades de eso. Dejarán el coche justo a la hora convenida. O unos minutos antes.

Kelby se puso en los labios un cigarrillo, pero como era su costumbre no lo encendió.

—Iré —dijo.

—Por favor... Te lo suplico... No vayas.

Ahora sí que había lágrimas en el fondo de los ojos de Gretchen.

Kelby susurró:

—Así tendremos otro nombre de ciudad que celebrar la próxima vez.

—¿Qué nombre?

—Innsbruck.

—No habrá próxima vez si vas allí, Kelby.

Y mostró su bolso.

Kelby musitó:

—No te preocupes, ya la he cogido mientras estabas en la ducha.

Y desabrochó un poco su americana para que se viese la enorme «Magnum» que llevaba remetida entre la camisa y el pantalón. Con una bala de aquella «Magnum», la cabeza de un hombre se deshacía como la cabeza de un fósforo.

—Gracias por habérmela traído —añadió.

—Eres un sinvergüenza, Kelby.

—Nunca lo he negado.

—Es una indecencia mirar en el bolso de las señoras.

—Claro que lo es —murmuró Kelby—. Pero tengo una disculpa: yo solo miro en el bolso de las señoras cuando les he mirado todo lo demás.

Y salió tranquilamente.

Escupió el cigarrillo sin encender, en el primer cenicero del pasillo. En eso de luchar contra la contaminación, Kelby estaba hecho un tigre.

CAPÍTULO XI

CUALQUIERA que hubiese visto a Kelby a continuación hubiera seguido pensando que el tío estaba loco. Porque en lugar de ir directamente a la autopista de Innsbruck se encaminó a una de las boutiques de modas que había en el vestíbulo del hotel. Y allí compró nada menos que una docena de corbatas.

Nunca un aspirante a cadáver había querido ir tan bien arreglado.

Corbatas de seda. Corbatas de todas clases. Corbatas de diplomático. Corbatas de comerciante con letras protestadas. Corbatas «hippy».

Tomó un taxi y se hizo conducir a lo largo de la carretera que corre casi paralela a la autopista del Tirol, una de las más hermosas de Alemania. Mientras iba viajando iba haciendo una larga cuerda con todas las corbatas, anudadas una tras otra. Como juego, no hay que negar que la cosa era bastante bestia.

Pero Kelby se había aficionado a jueguecitos así.

Desde que cierta vez vio un coche abandonado en una calle adyacente a Hyde Park Lane, en el más elegante Londres. Desde que le invitaron luego a unos hermosos funerales en la catedral de San Pablo, en el más veterano Londres.

Cuando calculó que debían estar a la altura del kilómetro ocho pidió:

—Déjeme aquí.

Esperó a que el taxi diera media vuelta y se perdiera en la distancia. Luego anduvo a través de los bosques hasta encontrar la línea recta de la autopista.

Era la hora marcada más cuatro minutos.

Y comprendió entonces que no se había equivocado demasiado en su cálculo de distancias. El «Opel» estaba allí.

Kelby entrecerró los ojos.

Todo perfecto.

Arcén derecho.

Capó levantado.

Y silencioso. Un casi augusto silencio.

Kelby se acercó al «Opel» con naturalidad, pero manteniendo la derecha muy cerca de la culata de la «Magnum». En ese momento un solo chirrido, un solo movimiento inesperado le hubiera hecho lanzar una lluvia de plomo.

Miró el interior del coche.

En efecto, allí estaba Mengele.

Pero Mengele no lo sabía.

Había terminado de sufrir.

Tenía en el cuello un tajo de oreja a oreja.

Por supuesto, estaba tendido en el diván posterior. No se le veía si no era acercándose por completo al coche.

Kelby abrió la portezuela.

Pero solo un poco.

Lo justo para dejarla entornada medio milímetro. Había contenido la respiración y todos sus nervios vibraban.

Pero cualquiera hubiese dicho que aquello era lo más rutinario del mundo para él. Sobre todo cuando se alejó al otro lado de la autopista andando pausadamente.

Tenía que estar loco.

Corbatas y más corbatas.

Una línea de alegres corbatas multicolores atravesando casi la autopista de lado a lado.

La línea empezaba en la manecilla de la puerta izquierda del «Opel» y terminaba en la mano de Kelby.

De pronto este tiró bruscamente de aquella especie de cuerda.

Y se arrojó a tierra con la velocidad de un gamo.

La portezuela del «Opel» que él apenas había entreabierto se abrió por completo.

Y la explosión lo partió en cien pedazos. Fue una inaudita lluvia de metralla la que cubrió la autopista. Por fortuna para Kelby, se había arrojado al suelo a tiempo. De lo contrario, la lluvia de

partículas metálicas al rojo vivo le tritura igualmente.

Sus labios formaron una mueca.

Nunca más se sabría nada acerca del paradero de Mengele.

La gente se olvidaría de él, al fin y al cabo un modesto reserva.

Nadie lloraría sobre su tumba de fuego. Sobre sus restos desmenuzados. Sobre sus huesos irreconocibles. Sobre sus cotizados pies de los que no quedaban ni las uñas.

Había desaparecido por completo.

Pero lo que no olvidaría fácilmente Kelby era que aquella destrucción estaba preparada para él. Si llega a abrir la portezuela del todo, era lógico que hiciese, no encuentran de su cuerpo ni los dientes que tenía entrando a mano derecha. Pero, por suerte para Kelby, él había visto antes un coche así en Londres. Y había asistido en consecuencia a unos elegantes funerales en Londres.

El muerto había sido un amigo suyo, un agente especial cuya viuda había dejado de cobrar la pensión porque ya estaba casada con otro.

Kelby quedó bajo la valla de la autopista.

Con los dientes apretados.

Con la «Magnum» en la derecha.

De la cercana área de servicio, cuyos empleados debían estar atados de pies y manos, surgieron entonces tres hombres. Llevaban metralletas y venían corriendo porque no debían estar seguros de si Kelby había muerto o no.

Pronto estuvieron seguros de que no.

Pero lo de ellos fue distinto.

Ellos sí que lo estaban.

Seguro que sí.

Kelby hizo funcionar la «Magnum». Las tres cabezas parecieron estallar como tres fósforos que se encienden a la vez.

Luego corrió hacia el centro de la autopista.

Un pesado camión cisterna cargado de gasolina frenó para no arrollarle. Frenó también porque el firme estaba cubierto de pedazos de metal humeante. El conductor dijo:

—¡Diablos!

Se encontró la «Magnum» entre las narices.

—¡Diablos!

Se vio rodando por el suelo.

—¡Diablos!

—La final se juega el domingo día 7 —gritó Kelby—. ¡Corra!

Y dio gas.

Sabía que el asunto no había terminado. Sin duda saldría un coche en persecución suya.

Pero ahora él iba montado sobre una bomba.

Mientras daba gas sacó medio cuerpo por la ventanilla.

Disparó dos veces contra el depósito.

Se la jugó de veras, porque la temperatura de las balas podía originar una explosión de mil diablos, pero había un noventa por ciento de posibilidades de que no sucediera así. Y lo único que sucedió fue que la gasolina empezó a escaparse a chorro por el lado izquierdo de la cisterna, dejando en la carretera una notable estela.

Kelby siguió dando gas.

Se puso un cigarrillo en los labios.

Y ahora sí que lo encendió.

Por el retrovisor vio que salían dos coches disparados del área de servicio. Los dos iban llenos a rebosar de tiradores árabes. Ninguno de ellos vio la estela de gasolina.

Kelby volvió a sacar medio cuerpo fuera de la portezuela.

Arrojó el cigarrillo casi sobre el chorro.

La punta encendida cayó a la carretera.

Se formó una estela de fuego de mil pares de diablos.

¡Y el primer coche vino sobre ella!

¡Rodaba a ciento cuarenta por hora!

El conductor, con los ojos desorbitados, le pegó el freno hasta el fondo. El coche se le clavó, pero dando un terrible patinazo sobre la gasolina. Medio palmo más allá estaban las llamas.

Y se empotró materialmente en ellas.

Los alaridos debieron oírse hasta la frontera.

Pero fue todo instantáneo. Unos segundos después el coche se había convertido también en una inmensa bola de fuego.

El otro dio un bandazo impresionante.

Escapó por los pelos de aquel infierno.

Uno de los de atrás gritó en un mal francés con acento sirio:

—¡Da gas!

Tenían que salir de allí como fuese.

El coche que usaban, un magnífico «Matra» nuevo, dio un bandazo y se estrelló contra la valla de protección de la autopista. Pero ni siquiera perdió el control porque era un bólido de primera. Volvió a la línea de circulación con un rabioso rugido de sus cilindros. El cuentakilómetros marcó ciento diez, ciento veinte, ciento treinta...

Ya iban a alcanzar por la derecha al camión cisterna, que había seguido su camino.

Por la derecha no brotaba gasolina.

No había peligro.

Pensaban ametrallar el depósito y convertir todo aquello en una maldita pira funeraria.

Las armas salieron por las ventanillas.

El que antes había hablado en francés gritó:

—¡Dale!

Y de pronto lanzó un aullido estremecedor:

—¡ATRÁS!

Pero es absurdo hablar de «¡Atrás!» cuando uno va a ciento cuarenta por hora.

Enorme camión cisterna había girado hacia la derecha en cuestión de segundos.

Taponaba la carretera.

Iban hacia él.

Los aullidos se confundieron con el terrible topetazo. El «Matra» quedó empotrado bajo el depósito. Tuvo gasolina para veinte años.

Lo malo fue que la tuvo ardiendo.

Lo malo fue que aquella era de 86 octanos y el «Matra» la gastaba «Súper».

Lo malo fue que los cuatro árabes que iban en él no se enteraron de lo ricos que se habían vuelto.

Kelby, que había saltado del camión por el lado opuesto, atravesó la autopista con la velocidad de un gamo. Se lanzó por encima de la valla protectora.

Sabía que la enorme cisterna no tardaría en estallar.

Y, en efecto, todo fue cuestión de segundos.

La bola de fuego llenó la autopista entera.

El estallido debió oírse hasta en las oficinas de la FIFA.

Kelby rodó por el terraplén mientras remetía de nuevo la «Magnum» entre la camisa y el pantalón.

—Hum... —masculló—. Ya sé lo que pensarán los policías cuando descubran esto. Que se ha suicidado un vendedor de corbatas...

CAPÍTULO XII

DURANTE todo el día siguiente, viernes, la actividad fue febril en las dependencias de la policía alemana, cuyos mejores inspectores habían sido desplazados a Múnich ya al principio de los Mundiales. La autopista fue acordonada y más de sesenta expertos trabajaron intensamente sobre ella durante más de cinco horas.

La Prensa no publicó ninguno de los resultados porque todo se atribuyó a un terrible accidente múltiple. Pero confidencialmente las autoridades supieron unas cuantas cosas.

Por ejemplo que algunos de los muertos eran árabes. O al menos gente que tenía relación con ellos.

Lo único que había quedado relativamente entero sobre los cadáveres eran pedazos de sus zapatos, y esos zapatos habían sido fabricados en Damasco,

Otra cosa que supieron los policías fue que el cadáver calcinado hallado en el «Opel» era el de un europeo joven, pues la constitución de su esqueleto y algunos cabellos que habían quedado intactos así lo acreditaban. Pero a ninguno de los expertos enviados a Múnich se le ocurrió que aquel pudiera ser Mengele. Realmente el caso Mengele se cerró allí de una forma virtual. Nadie supo jamás adonde había sido llevado el hombre secuestrado por los palestinos.

La Prensa llegaría casi a olvidarlo.

Fuera de Alemania, apenas nadie lo mencionaría. Y la razón era sencilla: las autoridades estaban poniendo todas las trabas posibles para la difusión de aquellas noticias que ponían en duda su eficacia.

El único que sabía la verdad era Kelby, pero Kelby no explicaba nada a nadie. No contó lo ocurrido ni siquiera a Gretchen, que era realmente quien le había enviado a la muerte.

Aquella era una de las cosas que más hacían pensar a Kelby.

Una de las cosas que le hacía fruncir el ceño, teniendo la sensación de que vivía una pesadilla.

Durante todo el día del viernes volvió a intentar establecer enlaces entre los bajos fondos de Múnich, y husmeó incansablemente entre la fauna humana que llenaba las cervecerías, los cines, las tiendas «sexy» y los lugares donde abundaban opulentas chicas rubias. Otra vez volvió a visitar hoteles de lujo y tugurios de mala muerte, pero sin resultado alguno. Al día siguiente, sábado, un día antes de la gran final, Kelby se encontraba completamente desanimado cuando fue a visitar a Stella Tauser.

Ella vivía ahora en uno de los mejores apartamentos de Múnich, en un edificio de ocho plantas que tenían en el subsuelo un gran parking. Una doncella discreta y elegante abrió a Kelby. Como si supiera ya qué relación le unía a la dueña de la casa, le hizo pasar inmediatamente al salón.

Kelby tuvo que parpadear al entrar allí.

Nunca había visto tanto lujo acumulado.

Lo cual no quería decir, ni mucho menos, lujo «amontonado». No, allí cada cosa ocupaba su sitio, cada joya tenía su lugar. No se tenía sensación de agobio, sino de amplitud. Todos los objetos de arte, valga la redundancia, estaban colocados con arte.

Un idolillo azteca alternaba con un icono ruso del siglo XII, mientras una serpiente de Java hecha con esmeraldas se enfrentaba en la pared a una vitrina con porcelanas que habían pertenecido al Gran Elector de Sajonia. Un cuadro de Murillo no desentonaba enfrente de un Picasso, y un patético Ribera contrastaba con los ingenuos tonos amarillos de un *dounier* Rousseau.

Aquella soberbia exposición de arte hubiera hecho palidecer de envidia incluso a los responsables del Metropolitan Museum.

En medio de todo aquel mundo que solo el dinero y la cultura pueden dar —ya que allí todo estaba colocado con perfecto conocimiento de causa— Stella Tauser era como una figura perdida e irremediabilmente condenada a la inmovilidad. Sentada en su silla de ruedas, miró a Kelby con una tenue sonrisa.

Pero no se encontraba sola.

El niño rubio estaba con ella. Era un chico que debía tener unos doce años.

Stella musitó:

—Es extraño que vengas a verme por tu propia iniciativa, Kelby.

—Quizá sea que necesito encontrar en Múnich a una persona amiga.

—¿Por ejemplo yo?

—Por ejemplo tú, Stella.

Ella volvió a sonreír, pero ahora su sonrisa era más cordial, más humana.

—Ante todo quiero presentarte a Hans —dijo.

Señaló al niño.

Kelby le tendió la mano. Al estrechársela deseó con toda su alma que aquel niño no se viera jamás metido en los líos en que se veía metido él.

—¿Qué haces aquí, Hans? —preguntó cordialmente.

Stella respondió por él.

—Se trata de un huérfano —dijo—. Su padre murió anteayer en un accidente de coche y su madre es una alcohólica. El chico estaba recogido en una institución caritativa, pero lo he tomado bajo mi protección. De ahora en adelante no le faltará de nada.

—Estoy seguro, Stella.

Y Kelby añadió con una sonrisa:

—Además de dinero y belleza, tienes generosidad.

—¿Belleza?

Stella había reído amargamente.

Pero no quiso comentar más aquello. Se desplazó en su silla de ruedas con aquellos movimientos elegantes que siempre había tenido y recogió de la repisa de la chimenea de mármol un tambor que entregó a Hans.

—Suerte —le dijo.

Kelby musitó:

—¿Qué significa ese tambor?

—¿No sabes qué mañana, antes de la gran final, desfilan en el Estadio Olímpico unas bandas de música formadas por niños?

—No, no lo sabía.

—Como periodista eres bastante malo, Kelby.

—Pues al parecer soy el único que puede obtener una entrevista

en exclusiva con Golden Ball.

—¿Pagando?

—Eso es lo malo: que mi periódico no está dispuesto a pagar.

—Tu periódico...

—No hace falta que te rías, Stella. Bastante me río yo.

Ella hizo un mohín lleno de distinción. Puso el tambor en las manos de Hans.

—Espero que te dé suerte —insistió—. No olvides que debes entregarlo como recuerdo al presidente de la República.

Stella había hablado en perfecto alemán, así como con Kelby se expresaba en inglés. Hans le dio las gracias confusamente, pues al fin y al cabo era un niño; luego tomó el tambor y desapareció.

Stella explicó con una sonrisa:

—Debido a que su padre trabajaba para la FIFA y murió en accidente laboral, han distinguido a ese muchacho para que entregue el tambor como recuerdo de los Mundiales. El propio presidente lo recibirá tres minutos antes del partido final.

—¿Por qué tres minutos antes?

—Porque aquí, en Alemania, todo es muy exacto. El partido empezará a las cuatro en punto del reloj del Estadio Olímpico. ¿Pero qué voy a contarte si de los alemanes sabes tú más que yo?

Y le indicó una butaquita.

Ella se acercó también en su silla de ruedas. Hizo sonar una campanilla de plata.

La doncella apareció con una bandeja llena de botellas. Era una de esas doncellas que aparecen en las revistas para ponerle a uno de color morado. Sólidas piernas, anchas caderas, delantera opulenta, falda corta, sonrisa entre inocente y picara.

Solo cuando hubo desaparecido, Stella preguntó:

—¿Te gusta?

—Reconozco que es excitante —dijo Kelby.

—Los hombres sois unos cerdos.

—¿Todos?

—Todos menos Manfred tal vez. Manfred, en el terreno de las relaciones con mujeres, es una buena persona.

Kelby ni siquiera pestañeó.

Tomó el vaso ancho con un Martini que ella le ofrecía. No hubo

la menor reacción en su rostro ni en sus dedos. Aunque Stella le miraba fijamente, no pudo notar nada.

—Sí —dijo Kelby al cabo de unos instantes—. Es una buena persona.

Y bebió.

El Martini blanco le sabía más amargo que la hiel.

Recordaba la habitación cálida.

Y le parecía ver otra vez a la chica lánguidamente abandonada entre los brazos del hombre.

Vaya tío, el tal Manfred.

Ella dijo con voz opaca:

—¿No me besas esta vez, Kelby?

Él se levantó.

Vaya tía, la tal Stella.

La asió en sus poderosos brazos. La levantó como si fuera una muñeca rota.

Ella no tenía fuerza en las piernas.

Pero en los brazos sí. ¡Vaya si la tenía...!

Durante unos instantes buscó los labios del hombre con una secreta ansia. Luego se dejó caer desfallecida.

—¿Por qué has venido, Kelby? —preguntó, ya de nuevo en su silla de ruedas.

—Ya te lo he dicho: quería hablar contigo.

—¿De qué?

—Tú conoces a mucha gente en Múnich, Stella.

—Y tú también. Me refiero a los bajos fondos, que son los mismos que has encontrado en Tánger que en Marsella, en Beirut que en Tokio. Tú eres un hombre que huele lo podrido a cien millas, Kelby. Por eso eres un perro de presa. ¿Qué te pasa ahora? ¿Has perdido el olfato?

—Necesito un confidente, Stella.

—¿Tú no has podido encontrarlo?

—No.

—¿Y para qué lo necesitas?

Kelby pronunció un solo nombre:

—Lebian.

Las facciones de Stella se ensombrecieron un momento.

Sufrieron una levísima crispación.

Pero al final dijo con voz impasible:

—¿Por qué sigues creyendo que está en Múnich?

—Porque le vi.

—¿Dónde?

—Cerca de Gutenberg Platz.

—Cerca de Gutenberg Platz vive Manfred.

Los labios de Kelby se fruncieron unas décimas de segundo.
Temió haber dicho demasiado.

Pero con voz perfectamente inexpresiva logró decir:

—No lo sabía.

—¿A qué fuiste allí?

—Pura casualidad. Me encontré con Lebian en aquel sitio como pude encontrarlo en el infierno.

—Cerca de esa zona hubo muertos —dijo ella con voz opaca—.
Supongo que no hace falta preguntar quién repartió los pasaportes, Kelby.

—No —dijo él—. No hace falta.

—Qué modesto, muchacho...

—Uno reparte los pasaportes que puede.

—¿Y pretendes que yo te ponga en contacto con algún
confidente que pueda darte noticias de Lebian?

—Sí.

—¿Por qué yo?

—Porque tú conoces en Múnich a personas de todas clases, y
porque muchas veces te has tenido que valer de confidentes para
tus negocios, estoy seguro.

Ella movió la cabeza negativamente.

Pero al fin pareció reflexionar.

Kelby se había puesto un cigarrillo en los labios, pero no lo
encendió. Sabía que de Stella podían depender muchas cosas si
tenía suerte. Y esperaba con una secreta ansia.

Al fin la preciosa mujer de las piernas quietas musitó:

—De acuerdo, puedo darte una dirección.

—¿En Múnich?

—Sí.

Y tomó un bloc de notas que tenía en la mesilla contigua. Con un lápiz de oro garrapateó unas líneas.

—Toma —dijo.

—¿Dónde está esto?

—En la Daimler Strasse. Es un parking que acaba de ser inaugurado. Ponte en contacto con un hombre llamado Klebert. Y si hay algún problema me telefoneas aquí.

Él la miró con gratitud.

—Nunca podré pagarte esto, Stella.

—Ni hace falta que lo digas. Los hombres nunca pagáis nada.

Y giró su silla de ruedas, volviéndole la espalda.

Era evidente que no quería verle.

Era evidente que un secreto doloroso vibraba en su alma de mujer sola.

—Volveré a verte —dijo Kelby con voz ronca.

Le acarició los cabellos fugazmente.

Y salió.

La preciosa doncella como las que le ponen a uno morado le aguardaba en la puerta.

Su busto parecía más opulento.

Su faldita más corta.

Kelby le largó un pellizco que la dejó verde.

—Volveré —dijo también.

—Pues si vas a pellizcarme otra vez de esa manera —susurró ella—, no olvides volver con un médico... Me va a doler durante una semana...

CAPÍTULO XIII

KELBY miró el edificio.

Sólido ladrillo oscurecido por el paso de los años y que hacía recordar las casas de los viejos distritos de Londres, cercanos a la Bolsa o a Whitechapel High Street. Portal pequeño y unos andamios. Ausencia total de vecinos.

El joven agente especial comprendió enseguida lo que era aquello. Un viejo edificio con valor histórico estaba siendo reparado. En sus bajos, para ponerlo a tono con las exigencias del momento, acababan de instalar un parking.

Al parecer eso era lo único que funcionaba. Un letrero verde intermitente indicaba: «Libre». Pero de momento no parecía tener gran éxito porque apenas pasaban coches por la calle.

Kelby entró descendiendo por la rampa. Como de costumbre, y con un gesto del que no se daba cuenta, llevaba la derecha muy cerca de la culata.

A su gigantesca «Magnum» no le faltaban balas.

Tenía los bolsillos llenos de ellas. Y distribuidas de forma que se equilibraran perfectamente.

Durante sus correrías por los bajos fondos de la capital bávara no había perdido el tiempo en ese sentido. En aquellos ambientes, conseguir munición para una «Magnum» era tan sencillo como conseguir unos proyectiles para mortero con espoleta retardada. La mayoría de los que los frecuentaban hacían lo posible para que la población mundial no aumentase con exceso.

Kelby llegó al parking, que constaba de dos pisos.

En el primero había solo seis coches. Y un camión.

Un camión en un parking subterráneo. Cosa rara.

Y con la lona echada. Cosa más rara aún.

Kelby apretó los labios.

«Tranquilo, muchacho, tranquilo...»

El cigarrillo sin encender descansaba en sus labios.

Lo escupió.

«El coche, amigo. El de la derecha...»

Kelby pensaba maquinalmente y casi en voz alta.

El de la derecha era un «jeep».

Buena plancha.

Buena protección en caso de haber tomate.

Kelby vio el movimiento en la parte posterior de la lona del camión y saltó. Un hombre menos prevenido que él hubiese resultado acribillado. Caso de no llamarle la atención aquello al principio, ya no hubiese tenido tiempo para contarlo.

Las dos partes de la lona se separaron.

La boca de la ametralladora apareció instantáneamente.

Y sus dos servidores no perdieron el tiempo.

Enviaron contra el sitio en que estaba Kelby un chorro de terribles balas del calibre 12.

Si Kelby llega a estarse quieto solo durante un parpadeo, durante unas centésimas de segundo, la cortina de balas le parte el cuerpo por la mitad. Pero estaba ya detrás del «jeep» cuando llegó hasta él el chorro de fuego.

La boca de la ametralladora se desvió.

Los tiradores no estaban dispuestos a perder tiempo.

Venían a por él.

El «jeep» saltó por los aires.

Su depósito de gasolina hubiera estallado caso de estar lleno, pero estaba vacío. Los asesinos lo tenían preparado todo. No querían allí incendios que les pudiera cortar la retirada.

El pesado vehículo rodó como si lo empujara una fuerza fantasmal.

Chocó con un «Volkswagen».

Las balas lo acribillaban todo.

Kelby estaba ya justamente debajo del «Volkswagen» y se dio cuenta de que no podría esquivar durante demasiados segundos más el mortífero chorro de balas. Por lo tanto tenía que pasar a la

ofensiva, aunque aquella fuese una ofensiva desesperada.

Disparó con su «Magnum» desde debajo del coche.

Eran gruesas balas del nueve.

Lo primero que hizo fue destrozar uno de los neumáticos del camión para que este no pudiera desplazarse. Luego alzó el punto de mira.

Los dos servidores de la ametralladora le estaban viendo.

Desviaron el arma.

Pero una ametralladora pesada no es un arma para cazar moscas. Cuesta moverla.

Kelby situó su «Magnum» mucho más rápidamente que los otros su mamotreto apto para el sitio de Sebastopol. Disparó dos veces.

Su fría eficacia resultó mortal.

La ausencia absoluta de nervios por parte de Kelby le hacía parecer una máquina.

De los dos hombres, uno salió proyectado al fondo del camión. El otro se dobló sobre la ametralladora.

Pronto la tiñó de rojo.

Kelby hizo un mohín.

El cargador de su «Magnum» aún estaba casi completo. Y sabía que iba a necesitarlo.

Porque no era lógico que sus enemigos lo hubieran confiado todo a una ametralladora, por eficaz que una ametralladora resulte. Tenía que haber más tipos allí. Tenía que haber más ti...

El «Jaguar» vino aullando hacia él.

Kelby no supo de dónde había salido. No lo había visto antes. Pero el bólido vino a toda velocidad para aplastarlo como una cucaracha contra la carrocería del «Volkswagen».

Kelby saltó en el último segundo.

Rebrincó en el aire cuando ya el potente «Jaguar» estaba materialmente encima de él.

Los dos coches se empujaron.

Saltaron esquivando metálicas.

Los capós se hundieron.

Los parabrisas se hicieron trizas.

Kelby, después de su salto, quedó materialmente encima del

capó del «Jaguar». Vio la expresión crispada de su enemigo.

Era un tipo de raza indefinible.

Sus ojos llameaban.

El fulano debía ser un gran conductor, porque había que ver la maniobra que había hecho para embestir al «Volkswagen» y tratar de cazar a Kelby entre los dos. Pero para hacer eso, y sabiendo que el impacto sería fuerte, se había ceñido el cinturón de seguridad.

El cinturón de seguridad quizá sea un buen trasto.

Pero es un arma de dos filos.

Te juegas la vida con él.

El conductor quedó materialmente aprisionado en el «Jaguar», mientras intentaba ferozmente librarse de aquel adminículo. Necesitó para eso un tiempo que le pareció interminable. Si el «Jaguar» llega a estallar, el individuo se quema vivo.

Mientras tanto, Kelby pudo apuntar.

«Tranquilo, muchacho.»

La cara de su enemigo se volvió roja.

Sus ojos terriblemente fijos quedaron clavados en Kelby.

Y este se dio cuenta de que no podía perder más tiempo allí. Necesitaba disponer de alguno de los coches para maniobrar en caso necesario. Un coche pequeño a ser posible.

El «Volkswagen» le serviría.

Su capó delantero estaba deshecho, pero el motor estaba atrás. Por lo tanto no había sufrido y podía servir.

Kelby se puso al volante. Dio marcha atrás. Consiguió desprenderse del «Jaguar» con un terrible ruido de hierros retorcidos.

Lo hizo a tiempo.

Porque en aquel instante subía el bólido desde el piso inferior.

Era un «Mercedes» negro...

Un «Mercedes» negro...

No tan grande como el de Gutenberg Platz. Pero a Kelby se lo recordó inmediatamente.

Y sus ojos se dilataron entonces.

Su garganta emitió un grito de odio.

Porque acababa de ver al hombre que lo conducía. Al hombre que venía hacia él.

Mientras los dedos de Kelby se crispaban frenéticamente en el volante aulló:

—¡Lebian...!

CAPÍTULO XIV

PORQUE había visto el rostro extrañamente juvenil. Los ojos brillantes. Y el bigote ancho.

Había visto también la metralleta que asomaba por una de las ventanillas. La metralleta que quizá mató a Gloria y con la que Lebian ya había intentado matarle también a él.

Inclinó la cabeza.

Todo fue instantáneo.

El chorro de balas pasó casi rozando el volante. El techo del «Volkswagen» quedó deshecho.

Pero Kelby había logrado ponerse a salvo de momento inclinando la cabeza debajo del *tablier*. No obstante estaba seguro de que la próxima rociada le alcanzaría de lleno.

Necesitaba moverse.

Dio gas.

Y embistió al «Mercedes» cuando este giraba frenéticamente. El pequeño «escarabajo», como se le llama en el argot automovilístico es bien poca cosa ante el aristocrático coche europeo, pero al cazarlo por la cola en el momento en que giraba lo hizo vacilar. El «Mercedes» dio una especie de tumbó sobre sí mismo.

Sus neumáticos giraron lanzando chispas.

Por unos instantes la atmósfera allí dentro se hizo alucinante. El aire pareció cargarse de electricidad.

Kelby dio marcha atrás.

Embistió de nuevo.

Lo que no dejó de sorprenderle fue la lentitud de reflejos de Lebian. No debía ser un buen conductor, porque incluso contando con un coche tan magnífico maniobró torpemente.

Se dejó embestir otra vez.

El «Volkswagen» estaba convertido ya en un auténtico churro. Pero sus ruedas aún giraban.

Y el «Mercedes» saltó de nuevo. Ahora su parte delantera chocó contra una de las paredes.

Su conductor trató de dar gas.

Otra ráfaga lanzada sin dirección picoteó el techo. Mientras tanto Kelby ya había tenido tiempo para disponer de su «Magnum».

Envió una bala al neumático delantero izquierdo.

Sabía lo que se hacía.

El «Mercedes» giraba en esa dirección.

Y de pronto falló.

La dirección se negó a obedecerle durante unos metros. No hubiera ocurrido gran cosa, teniendo espacio para rectificar, por ejemplo en una carretera. Pero allí no quedaba sitio para rectificar nada. El bólido fue volando hacia la barandilla que separaba el primer piso de la rampa que conducía al segundo.

Su peso le traicionó.

Aquello fue un verdadero cañonazo.

La barandilla saltó de su emplazamiento hecha pedazos. El «Mercedes» rebrincó por los aires.

Dio una vuelta sobre sí mismo.

Se elevó por los aires.

Tocó el techo.

Y en posición invertida fue a desplomarse sobre la rampa que llevaba al piso inferior, por donde patinó con las ruedas al aire. Mientras tanto el motor rugía.

Aquellas ruedas aún giraban frenéticamente.

El «Mercedes» se estrelló contra dos coches estacionados abajo. Toda su magnífica estructura quedó convertida en chatarra. La caja del motor empezó a humear peligrosamente.

Su conductor salió despedido.

Kelby saltó de su «escarabajo». Brincó sobre lo que quedaba de la valla. Se desplomó materialmente por la rampa.

Unos segundos le bastaron para llegar al sitio de la catástrofe. Tenía la «Magnum» en la derecha.

Lista para disparar.

Dispuesta para sembrar la muerte.

Pero, una vez abajo, Kelby no se atrevió ni siquiera a rozar el gatillo.

Los músculos parecían haber quedado sin fuerzas de repente. No le obedecían.

Los ojos parecían salirse de las órbitas.

Su garganta pareció romperse.

Porque el falso bigote se había desprendido de la cara de Lebian.

Porque Kelby veía otra vez el rostro extrañamente joven, pero ahora más de cerca.

Porque veía el busto que se marcaba bajo el traje.

Porque veía la cara.

Y las piernas sin vida.

Sintió una terrible crispación dentro de sí mismo.

Y sus labios apenas pudieron despegarse para decir sin voz:

—Stella.

CAPÍTULO XV

EN aquel dramático momento los pensamientos se agolparon en su mente. En solo unos segundos comprendió mil cosas.

Por ejemplo la torpeza en maniobrar de Lebian.

Ya lo había notado cuando fue atacado cerca de Gutenberg Platz. Entonces debió darse realmente cuenta de lo que sucedía. Debió comprender que todo aquello era propio de una persona que conducía manejando el gas y el embrague con las manos y no con los pies, en un coche preparado especialmente.

Comprendió también por qué Lebian siempre mataba desde un coche. Sus piernas paráliticas no le permitían otra cosa. La silla de ruedas y los lujosos «Mercedes» preparados especialmente formaban parte de su imperio.

Solo con ver uno de aquellos coches, Kelby ya se habría dado cuenta de la siniestra verdad. Pero no había visto ninguno.

Se inclinó sobre el cuerpo de la mujer caída.

Ya no necesitaba disparar.

Estaba reventada por dentro.

Los impactos habían sido brutales para un débil cuerpo de mujer. La sangre —una sangre demasiado espesa y oscura— resbalaba desde su boca.

Kelby sintió que sus deseos de venganza se difuminaban.

Jamás había tenido una victoria tan amarga.

—¿Por qué todo esto? —musitó arrodillándose—. ¿Qué te había hecho Gloria?

—Gloria nada... —dijo Stella fríamente—, pero tú sí... Tú eras mi peor enemigo. El único que estaba a punto de destruir mi imperio... Al matar a Gloria pensé aterrorizarte, pero a ti no te aterroriza... nada.

Y escupió con voz ahogada:

—Yo fui responsable de la muerte de Mengele... Y de su secuestro... Necesitaba estar a bien con los palestinos porque a través de algunos de sus enlaces recibía la droga... Las negociaciones no tuvieron éxito y al fin, para evitar compromisos, decidimos... eliminarlo. Pero también teníamos que aprovecharlo para eliminarte a ti... Y te enviamos un mensaje por medio de Gretchen. Lástima que... que se te ocurriera comprar tantas corbatas.

Kelby dijo con voz espesa:

—Calla...

Materialmente se ahogaba.

Un sentimiento de piedad se mezclaba a un oscuro deseo de matarla.

Ella añadió roncamente:

—Lo peor es que... es que nunca he sido eficaz al intentar matarte... Se ve que fallaban mis reflejos porque... porque quizá en el fondo algo me decía que no tenía que hacerlo... Porque en realidad... es cierto que siempre me has gustado... Lástima que no estuviéramos en el mismo bando. Hasta pienso que... que te he querido...

Y dobló el cuello.

Su cabeza cayó a un lado pesadamente.

Sus ojos dejaron de mirar.

Falta de impulso interior, la sangre dejó de manar de su boca:

Kelby le soltó la cabeza poco a poco.

Sus ojos estaban nublados.

Oía sirenas por todas partes. Las oía incluso dentro de su cráneo.

Pasó por encima del cadáver y salió de allí sin darse prisa, utilizando la salida de emergencia del parking. Una vez en la calle se puso un cigarrillo en los labios, pero no lo encendió tampoco.

CAPÍTULO XVI

¡LA gran final va a empezar! ¡Alemania y Holanda se disputan el título de campeón del mundo! ¡Polonia, equipo revelación, ha quedado en tercer lugar!

Los comentarios estaban en todas las bocas, el entusiasmo estaba en todas las miradas.

Múnich, por supuesto, estaba lleno de alemanes.

Pero también de holandeses.

Ambas naciones estaban absolutamente seguras de ir a vencer.

Mientras las bandas juveniles evolucionaban sobre el césped, la ingente multitud apenas dominaba su impaciencia. La salida de los dos equipos se esperaba con ansiedad. El partido que presagiaba ser uno de los más dramáticos del siglo (y que, en efecto, lo sería, nada menos que con un *penalty* por bando) había despertado una expectación inenarrable.

Entre los espectadores situados cerca de la tribuna presidencial estaba Kelby, pero no porque el entusiasmo futbolístico le hubiera contagiado. En realidad seguía sin entender gran cosa de aquel deporte. Estaba allí por algo secreto, por algo que quizá no tenía sentido y que por eso no se había atrevido a confiar a nadie.

Ni siquiera a Gretchen.

Y eso que Gretchen estaba con él, muy pegada a su cuerpo.

Ella lo sabía todo, absolutamente todo, menos lo que había traído a Kelby allí, al Estadio Olímpico de Múnich. Y es que en realidad a Kelby le había guiado una fuerza secreta e irresistible. Una fuerza que solo tenía sentido para él.

Las bandas juveniles desfilaban.

Pero él no oía la música.

Sus ojos ligeramente turbios miraban la tribuna presidencial.

Allí estaba el «botín» más soñado del mundo para un equipo terrorista. Allí estaba el presidente de la República, Wakter Scheel. Allí estaban Rainiero y Gracia de Mónaco. Allí estaba el secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger. Allí estaba Willy Brandt. Allí estaba un prometedor y joven político de Baviera llamado Manfred.

Gretchen, que no se había separado un minuto de él —y sabía que no se separaría ya nunca—, musitó:

—¿Pero qué te pasa? ¿Por qué hemos venido aquí? ¿Por qué miras esa tribuna con tanta insistencia?

Kelby no contestó.

Sus ojos estaban entrecerrados.

Sus pensamientos hervían.

De sus labios colgaba un cigarrillo por encender.

Allí había algo que no encajaba.

Stella Tauser estaba muerta, pero su espíritu aún parecía flotar sobre la multitud amontonada en el Estadio Olímpico. Aún había algo que vivía en ella. Y ese algo era lo que tenía que descubrir Kelby.

Sus ojos se clavaron en Manfred.

Manfred se había puesto una corbata negra y estaba muy cerca del presidente de la República, con el que a veces intercambiaban algunas palabras. Parecía muy afectado, pero también muy correcto.

Los ojos de Kelby estaban clavados en él, solo en él.

Y de pronto los recuerdos se amontonaron.

De pronto comprendió.

Le pareció verlo.

Un industrial llamado Mortimer había estado a punto de casarse con Stella Tauser y había muerto en un trágico accidente de avioneta junto con otras personas. Mortimer, sin duda, engañaba a Stella, y ella... ¡lo sabía!

Un elegante *play-boy* llamado Holt también había estado a punto de casarse con ella. Pero para un *play-boy* como Holt las mujeres eran una distracción demasiado frecuente, demasiado tentadora. También engañaba a Stella, aunque apreciaba en mucho el dinero de esta.

Y Stella... ¡lo sabía!

Holt había muerto con otras personas en un trágico accidente de autopista. Stella no se paraba en trabas ni en detalles a la hora de ajustar cuentas.

Por fin se había unido a Manfred.

Pero Manfred también la engañaba, quizá porque pensaba que de una mujer paralítica es el dinero lo que más vale. Y Stella tenía que saberlo. No en vano estaba cerca de la autopista de Nuremberg cuando él salió de la casa de Manfred. Incluso ella debía haber visto el coche color guinda en el que Manfred se largaba con su amiguita.

Y Stella, al fin y al cabo, era mujer.

Una mujer cargada de complejos, de recelos y de odios.

Por lo tanto no perdonaba.

¡Y tampoco perdonaría esta vez!

Kelby sabía que era eso, aquel oscuro impulso, lo que le había traído al Estadio Olímpico de Múnich.

¿Pero cómo iba a matar Stella a nadie si ya estaba muerta?
¿Cómo?

Y de pronto Kelby tuvo un estremecimiento brutal.

De pronto entendió.

Una serie de pensamientos vibraban como chispazos en su cerebro.

La típica puntualidad germánica...

Las cuatro menos tres minutos...

La típica puntualidad germánica...

Las cuatro menos tres minutos...

Kelby casi lanzó un grito.

¡Infiernos!

¡El tambor!

¡A Stella no le importaba matar a un niño! ¡No le importaba matar al presidente Scheel! ¡No le importaba hacer una auténtica carnicería con tal de saber que Manfred también reventaba!

¡Dentro del tambor tenía que haber una bomba de gran potencia, con un mecanismo de perfecta exactitud!

¡Que funcionaría a las cuatro menos tres minutos!

Kelby sintió que las gotas de sudor saltaban materialmente de sus sienes.

Miró el reloj del estadio.

Allí estaba la hora oficial que lo regía todo.

Las cuatro... ¡MENOS CUATRO MINUTOS!

Hans ya se dirigía con el tambor para ofrecerlo al presidente Scheel. El pobre muchacho sonreía casi feliz. No podía sospechar ni remotamente que era portador de la muerte.

Las cámaras de televisión retransmitiendo para todo el mundo no captaban la escena. Estaban pendientes de la salida de los dos equipos, que en ese preciso momento iba a producirse.

Kelby saltó hacia adelante.

Dio codazos.

Derribó a dos hombres.

De pronto parecía haberse vuelto loco.

Tenía que llegar como fuera hasta allí. Faltaban... ¡treinta segundos!

La gente gritó.

Un policía de seguridad trató de interceptarle.

Otro se le lanzó a la cintura para frenarle.

Kelby lo derribó de un puntapié.

En la tribuna presidencial se dieron cuenta repentinamente de que algo sucedía. Todas aquellas personas que figuraban entre las más importantes del mundo volvieron la cabeza hacia Kelby. Y Kelby vio que uno de los agentes de seguridad llevaba la derecha a su arma.

Iba a disparar.

Si hacía falta le dejaría seco allí mismo.

En este terrible instante, Kelby comprendió que no llegaría nunca.

Y entonces gritó:

—¡Hans! ¡Lánzame el tambor! ¡El tambor! ¡Pronto!

El muchacho obedeció.

El tambor fue por los aires.

Faltaban diez segundos... Ocho... ¡Cinco!

Kelby sentía que la garganta se le había convertido en piedra.

Todo dependía ahora de un segundo. La muerte venía hacia él. Si fallaba al recoger el tambor moriría despedazado no solo él, sino todas las personas que le rodeaban.

Tendió las manos frenéticamente al aire.

Hizo una parada que hubiese dejado a Carnevalli amarillo de envidia.

Y bajó frenéticamente el tambor.

¡Tres segundos!

El pie derecho de Kelby lo destrozó por completo. Jamás había dado un puntapié tan brutal y tan certero.

Introdujo los dedos febriles por el hueco.

¡Un segundo!

Tiró de la conexión del fulminante. Kelby entendía de aquello más que un ingeniero de minas. Por eso no vaciló ni se equivocó de distancia. Solo un pelo había entre la vida y la muerte mientras sus dedos rozaban el mecanismo.

Luego volvió la cabeza.

Dirigió una mirada de disculpa hacia la presidencia.

—Lo siento —dijo—. Ya les devolveré el tambor por medio de la embajada.

Y volvió junto a Gretchen.

La gente no lo entendía. Docenas de personas fueron a increpar a Kelby. Pero en ese momento salían los dos equipos y la atención de todo el mundo —la atención de los espectadores y de las cámaras de televisión— se concentró en aquel único punto.

Ya nadie se acordaba del tambor roto.

Ni del loco que lo tenía.

El único que notó al salir un cierto revuelo en la línea de presidencia fue Golden Ball, quien volvió la cabeza. Sus ojos de lince descubrieron a Kelby.

—Eh... —gritó—. ¿No le dijeron que le había llamado?

Kelby hizo un gesto expresivo con los dedos como diciendo: «Amigo, no tengo pasta»,

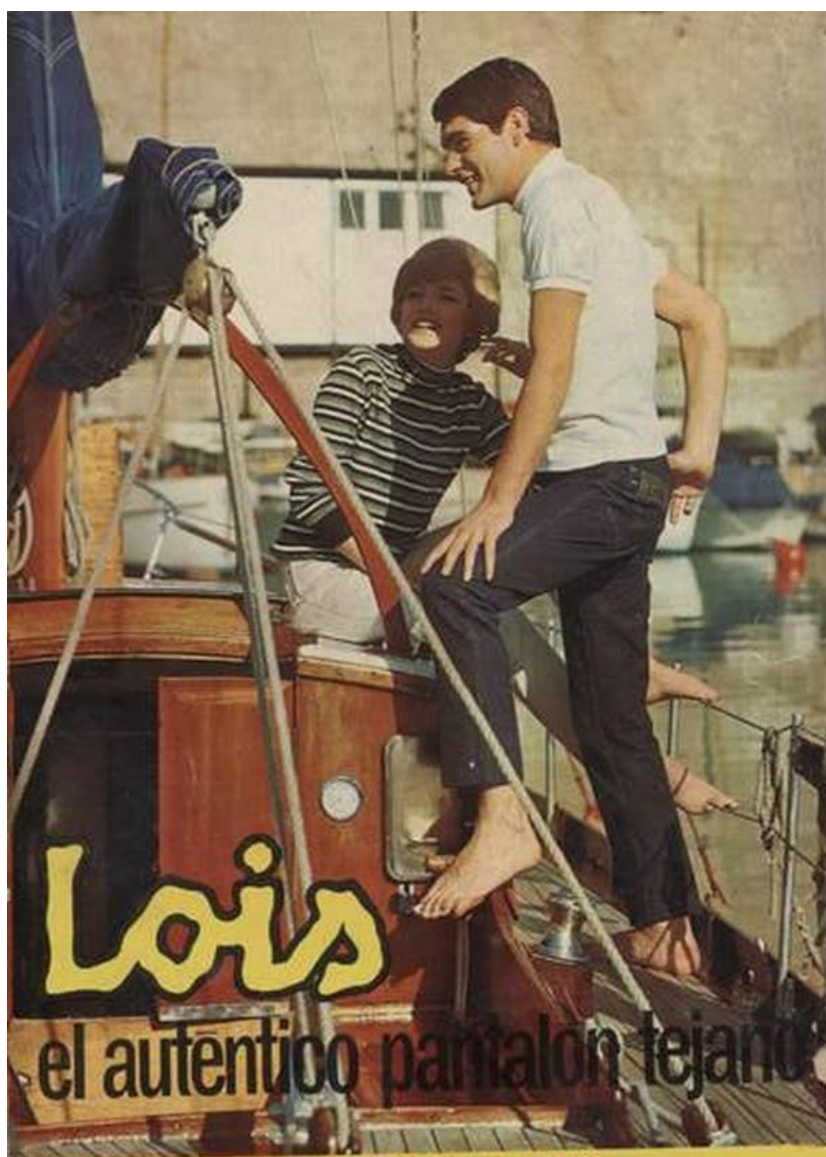
Golden Ball se encogió de hombros.

Sus compañeros ya casi le impulsaban hacia el centro del campo. No podía detenerse.

«Este periodista me intriga —dijo para sí mismo—. ¡Tiene unos

puntos de vista tan originales! Y hay que ver lo que son las cosas...
¡Por una vez que iba a conceder una entrevista exclusiva sin cobrar
una perra gorda...!

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 p'